

# HELIOS

• • • AÑO II

TOMO IV • • •

• • 1904 • •



IMP. DE LA REVISTA DE ARCHIVOS,

BIBLIOTECAS Y MUSEOS • • •

• • • • • OLID, 8, MADRID







ALEJANDRO SAWA •

• DIETARIO DE UN  
ALMA • • • •

Hoy, 18 de Junio, reanudo, mejor, reabro esta monótona exposición de andrajos. Releyendo lo que antecede, me he creído en una trapería y no en un museo. Cuando las ilusiones se van, el cuerpo humano no es más que un almacén de podre. Niego y niego sistemáticamente, porque soy sincero. Mi vida no me da derecho á afirmar otra cosa sino el dolor.

19 de Junio, por la mañana.

La señorita Fifi, que por lo visto es ya una señora, ha dado á luz, hace poco, tres robustas hembras y un soberbio galán. Ella, tan remilgada y tan quejumbrosa, se ha portado en esta ocasión como otra gata cualquiera. Ha parido con bastante más dignidad que una mujer, sin ayes, sin sacudimientos y sin sangre. No ha necesitado tampoco de comadrón ni de ayudantes, y á los cinco minutos de haber dado vida, ya estaba en aptitud de jugar á la pelota, como el congénere suyo, que sirve de enseña á la famosa novela de Balzac.

La señorita Fifi—yo creo que puedo continuar llamándola señorita, porque en los gatos el amor no mancha ni deshonra—no ha sufrido desperfec-



tos sino en el rabo, que ha habido necesidad de lavarle escrupulosamente, pero que, con todo, ha quedado bastante maltrecho, y es un espectáculo triste el de ver erguirse con insolencias de magnate ese rabo miserable que parece desafiar al cielo, y que, sin embargo, excita las más bajas compasiones de la tierra.

Admirable, sencillamente admirable, como un buen santo de la leyenda católica, el pobre *Tin*, uno de mis perros. Tiene idea tan severa de la solidaridad, que no se aparta un momento de los hijuelos de su amiga; los lame, los guarda, los arrulla á su manera; diríase que les canta coplas para adormecerlos y no falta jamás al deber de hacerles compañía cuando la madre se aparta de ellos, solicitada por otros menesteres.

¡Qué absurda leyenda es esa del desafecto natural que se inspiran gatos y perros! Cuando se dan cuenta de que no hay nada que los obligue á odiarse, se miran entre sí con indiferencia ó con amistad, si el azar los hace vivir juntos.

*Tin*, que no es un monstruo sin embargo, se muestra conocedor de los más complicados protocolos cada vez que las confabulaciones de su vida lo ponen á presencia de un gato. Bien es verdad que no siempre el gato suele corresponder á sus zalemas de experimentado cortesano.

Felino también el Sr. Canalejas. Un felino superior que se resigna á degenerar hasta el gato. ¡Hermoso león que podría entregarse á la gran voluptuosidad de ser soberanamente justo, desgarrando hombres é instituciones, y reducido por la poquedad de... (¿será el medio en que vive?)



á dar arañazos de curial y de polícastro á los hombrecillos que lo rodean!

No se tienen zarpas para eso. Ni fauces hondas como simas, ni dientes fuertes como máquinas de guerra, ni músculos en los remos y en los ijares resistentes y flexibles como resortes de buen acero, para no hacer lo que está en las propias aptitudes hacer, para llevar la existencia, muelle é indolente de los caquéxicos que aquí olean en todas las esferas de la vida pendones apolillados, desde sus fortalezas desmanteladas de la Edad Media.

¿Qué nos importa su hermoso salto á la ínsula americana, aquel gesto gallardo de cambiar sus comodidades madrileñas por los peligros de la manigua cubana, si luego no nos ha dicho nada de lo que ha visto y de lo que ha dejado de ver, si su viaje no ha tenido mayor trascendencia que el de Juan Soldado ó Juan de las Viñas, con la sola diferencia de que Juan del Pueblo regresó anémico y clamante, y Canalejas nos tornó indemne y mudo, como si por aquellas tierras no hubiera pasado nada ó lo caliginoso del sol lo hubiera privado temporalmente del sentido de la vista?

¿Qué nos importa la erección en mitad de la plaza pública, expuesta á los cuatro vientos de la vida, de ese gran tornavoz que podría ser el *Heraldo*, si desde él no nos cuenta nada Canalejas de sus expediciones por el Arte, por la Filosofía, por los terrenos pantanosos de la Política, si en vez de ser el fiero pasquín romano es la pared de anuncios en que los mercaderes fijan con nombres mentirosos la calidad y el precio de sus artículos de exportación y detalleo?



No, no se tienen zarpas para eso.

Pido á Dios, si lo hay, tres cosas, y si no quisiera concederme sino una, le pediría Fe. Fe, aunque me obligaran á vivir en un estercolero; Fe, aunque los gusanos destruyeran mi cuerpo en vida; Fe, aunque los hombres me escupieran en la cara al encontrarme por la calle; Fe, aunque mi cuerpo fuera patria de la enfermedad y mi alma corte de la idiotez; Fe, Fe, Fe, Fe en Dios, Fe en su justicia infinita, Fe en la tierra y en el cielo.

El espectáculo de mi madre determina ese delirio: de mi madre hemiplégica, de mi madre clavada en un sillón, y no pudiendo realizar movimiento alguno voluntario; de mi madre tres veces santa—santa, santa y santa,—viviendo en un infierno y sonriendo á la vida con la sonrisa luminosa de los bienaventurados.

Mucho se habla en estos días de la conversión de Nicomedes Nikoff al catolicismo y de su entrada en un convento. Defección la llaman en el campo de los revolucionarios templados, insania en el de los radicales, y los elementos conservadores, por no ser zagueros en la manía de poner motes transparentes á las cosas opacas, vieron la gracia divina en la resolución humana y acertaron á distinguir inspiraciones celestiales allí donde los otros no señalaron sino las máculas negras, como puntitos de descomposición, propias tal vez del miedo, quizás de la vesania, cuando ataca aun á los organismos mejor templados.



La verdad es que Nicomedes Nikoff, si bien merecía el dictado de loco, porque era un ser totalmente generoso, no fué, porque no, ni un tráfuga, ni un «convertido».

Su historia es curiosa, fuerte y bella como una esfinge de pórfito, tallada al sol por un escultor de genio. Y si yo consigo restablecerla desde estas páginas de sinceridad, poniéndola de pie y en su justa perspectiva, seré momentáneamente feliz, como un hombre que no ha perdido su tiempo durante un par de horas de trabajo.

No hace al caso su infancia. Si en términos absolutos el óvulo encierra al niño, no siempre éste contiene al hombre. Digo que Nicomedes Nikoff era á los veinte años un ejemplar humano de esos que Grecia coronaba de flores. Las mujeres por la calle, como ladronas ante una instalación de joyas, lo miraban con ojos pecadores, y la reina de Sabba, es seguro, lo habría visitado en sus sueños de hace cuatro mil años...

Era el elegido. Tenía su perfil un dibujo de blasón heroico, y aunque aseguran en Kiew que estuvo á punto de casarse por amor con una prima suya, yo creo que nunca estuvo prendado sino del ideal. ¿Que cuál? El que sirve de oriente á todos los buenos: canalizar el bien por el haz de la tierra.

Llevó alma y cuerpo á las contiendas por la dignidad en Rusia, y al salir de la Universidad de Kiew con el título de doctor en ciencias, aprendió el oficio de cajista para poder componer por sí mismo las proclamas revolucionarias que, como insistentes toques de rebato, hizo sonar durante algún tiempo por todas las ergástulas en que yace amodorrado el espíritu nacional de su país...—



Y después de haber sentido sobre los lomos las mordeduras del *Knout* en la fortaleza de San Pedro y San Pablo y las injurias de todo, hombres y cosas, en las soledades blancas y fúnebres de Siberia, se presentó en París, la añosa casa solariega del Derecho, una hermosa mañana primaveral, receloso y huraño como una bestia perseguida, radiante también como el embajador feliz y milagroso de una apartadísima región de ensueños.

Creía en todas las utopías. Derecho al pan, derecho á la dignidad y al espacio, derecho á la vida, como él expresaba en una síntesis que era semejante á un haz de rayos.

Llamaba á lo pasado, «lo muerto», y no creía en la leyenda alemana de que los muertos vuelven. Había reducido la humanidad á cifras, y contaba así: César, Atila ó Napoleón, igual á menos uno; Platón, Shakespeare ó Laplace, igual á más uno. Tenía alas para viajar por lo absoluto y anillos para arrastrarse por lo liviano. Boreal su alma, alternaban en ella los períodos de claridad con los de sombra, pero cuando esto último ocurría, se nos iba, desaparecía, se hundía en el otro lado de la vida, para reaparecer después entre nosotros nimbado con los faustos de un amanecer divino...

Llevaba en su cara una sonrisa y en su costado una lanzada, como ciertos hombres de mi generación y alguna vez le oí murmurar que de toda la antigüedad clásica, Harmodio y Aristogiton eran sus dos héroes predilectos. Y aunque estaba tallado en mármol, era un mármol que contenía sangre.

Yo lo miraba y lo admiraba como un bello espectáculo de la Naturaleza, como una hermosa



puesta de sol, como una montaña ingente, como un lago hialino, como un mar montuoso. Evocaba al verlo, el recuerdo de su madre, de las entrañas que lo habían engendrado y al materializar la evocación de la madre, digo que no era completamente loco batir palmas de admiración á su presencia.

Como á otros hombres notorios del mañana, lo conocí en casa del senador Dido, un hombre cuya habitación, si bien estaba situada en una calle cualquiera de París, tenía grandes puertas, anchas puertas, siempre de par en par abiertas, que daban de frente al mundo nuevo que lucha por incorporarse y partir.

Vivíamos Nicomedes Nikoff y yo, en barrios opuestos. Se empeñó, sin embargo, en acompañarme hasta mi casa una noche, cuyo recuerdo material perdura, después de quince años fenecidos, de pie en mi memoria. Y voy á dejar estampado aquí, como un fiel testigo, cuanto recuerdo de la noche aquella...

La velada en casa de nuestro huésped había transcurrido melancólica. Nicomedes Nikoff no nos había hecho sentir, como otras veces, su fuerte batir de alas: era como un águila herida... Y por la calle, durante el largo viaje á pie hasta mi casa, me narró las causas de su tristeza, sin inflexiones en la voz, lentamente, monótonamente, como quien susurra un soliloquio. Los chispazos de una gema que ornaba uno de sus dedos, iluminaban de vez en cuando el isocronismo lento y perezoso de su gesto.

— ¿Para qué seguir, para qué insistir? — me dijo.— Esto se va, todo se va, y solo quedará de pie, como una afirmación insolente, la eterna ne-



gación humana... La fórmula del progreso no es la línea recta, sino la elipse, ó mejor, la parábola. De tiempo inmemorial cada generación produce media docena de hombres, mensajeros del Ideal, que perecen en análogas crucifixiones á los que simboliza el madero que hace mil novecientos años enclavaron los hombres de la ley en el Gólgota... Vivir es un castigo; la tierra un ancho predio infernal. Hay que pensar en elegir bien su celda...

Yo lo miraba casi sin comprender. Aquel hombre de fe me hablaba en una lengua que no era la suya. Tan recia transformación sólo podía explicármela por un grave terremoto moral de sus entrañas. Quizás el amor hubiera pasado por allí, dejando escombros donde hubo antes altaneras manifestaciones de fuerza. Pero tenía yo reparado que la palabra «mujer» estaba proscrita de sus labios. Hube de pensar en otros maleficios...

En el silencio de la noche, un perro ladró. Y por una vaga relación de ideas, creí oír el canto del gallo que hizo perjurar inmortalmente al apóstol Pedro.

—El eje ideal de este planeta—prosiguió—está torcido y nosotros malditos. La felicidad es cosa tan lejana como la estrella Sirio, que ahí resplandece sin calentar. Todas las literaturas de todas las latitudes y de todas las edades de la tierra, expresan un gran sollozo perdurable. Un Mago de la antigüedad griega llegó á decir que el sabio persigue la ausencia del dolor, y no el placer. ¡El placer! Tostados en verano y ateridos en invierno, sin fe en lo de arriba, ni consuelo en lo de abajo ¿á dónde volver la vista desolada?

Y como un lamentable ritornelo... — Hay que pensar en elegir bien su celda...



Comenzaba á alborear. Palidecían hasta extinguirse las trémulas luminarias del cielo. Pero la noche, tenaz, continuaba aferrada en nosotros. La voz de negación, lenta, sin inflexiones, me penetraba piel á dentro hasta los sesos, como un vapor de fiebre... Me ahogaba... Quise cambiar el rumbo de aquel monólogo asolador, pero habiéndolo notado mi confidente, no por torpeza mía, sino por la acuidad de sensaciones que es propia de los organismos en crisis, se me agarró al cuello con estas palabras, expresivas de una poderosa voluntad de presa...

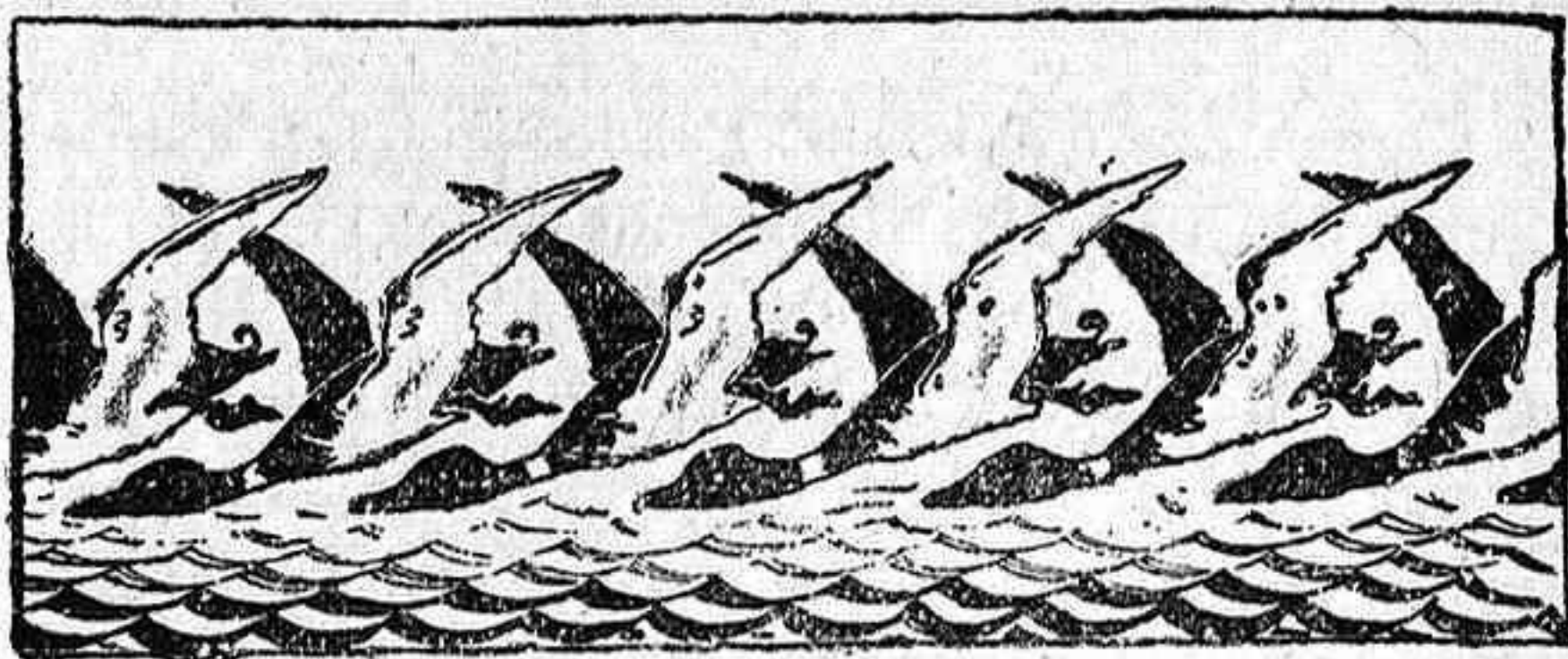
—No, no lo suelto á usted. Voy á irme, pero antes quiero dejar establecido por qué desisto... Un hombre ¿no vale más que unas cuantas cuartillas de papel en blanco? Pues quiero dejar en usted escrito mi testamento...

No, no creo yo en la conversión de Nicomedes Nikoff al catolicismo.

Llega en este momento mi hija del colegio. La enseñan á leer...

La enseñan, cuando haga aplicaciones de esa enseñanza, á ver puntos de interrogación desgarradores por donde quiera que extienda la mirada.





ANTONIO MACHADO

• • • • GALERÍAS

908  
*Desgarrada la nube; el arco iris  
 brillando ya en el cielo;  
 en un fanal de lluvia  
 y sol el campo envuelto.*

*Desperté. ¿Quién enturbia  
 los mágicos cristales de mi sueño?  
 Mi corazón latía  
 atónito y disperso.  
 El limonar florido,  
 el cipresal del huerto,  
 el prado verde, el sol, el agua, el iris!...  
 ¡el agua en tus cabellos!...  
 Y todo en la memoria se rompía  
 como una pompa de jabón al viento.*

SOLEDADES.

I

*Ó que yo pueda asesinar un día  
 en mi alma, al despertar, esa persona  
 que me hizo el mundo mientras yo dormía...*



## II

*O que el amor me lleve  
donde llorar yo pueda...  
y lejos de mi orgullo,  
y á solas con mi pena.*

## III

*Y si me da el amor fuego y aroma  
para quemar el alma,  
¿no apagará la hoguera el agrio zumo  
que el vaso turbio de mi sueño guarda?*

## IV

*Vuela, vuela á la tarde,  
y exprime el agrio jugo  
del corazón, poeta,  
y arroja al aire en sombra el vaso turbio...*

## V

*Tu alma será una hoguera,  
en el cruel invierno aterecido,  
para aguardar la amada primavera.*

## MADRIGAL

Ojos claros, serenos...

CETINA

*Si yo fuera un poeta  
galante, cantaríá  
á vuestros ojos un cantar tan puro  
como en el mármol blanco el agua limpia.  
Y en una estrofa de agua  
todo el cantar sería:  
Ya sé que no responden á mis ojos,  
que ven y no preguntan cuando miran,  
los vuestros claros, vuestros ojos tienen  
la buena luz tranquila,  
la buena luz del mundo en flor que he visto  
desde los brazos de mi madre un día.*





• BERNARDO G. DE  
CANDAMO • NOTAS  
DE UN SENTIMENTAL

Á MI QUERIDO AMIGO ANTONIO AZORÍN.

EN MONOVAR.

*HE entresacado al azar de un cuadernito de notas esos ligeros apuntes. Su autor era un poeta idealista que realizó en un día de tedio el supremo acto irremediable. Tiene esta prosa, sobre la de los escritores profesionales el encanto de la sencillez y de la falta de artificio: además ha proyectado en ella la Melancolía la sombra de sus alas.*

*Le quiero dedicar á usted, amigo Azorín, estas Notas; porque si bien es verdad, que como ha dicho La Correspondencia, tiene usted «no poco de filósofo», también tiene usted no poco de sentimental.*

*Publico yo las páginas estas para rendir un tributo á la amistad.—Así hizo nuestro admirado Alcalde de Burdeos con los sonetos de Laboetie.*

C.



25 Julio.

Esta mañana hemos dado un largo paseo por ~~la~~ la carretera.—La carretera, blanca, serpentea por entre las rocas, en rápidas ondulaciones y recodos.—A lo largo de este camino hay apacibles rincones umbrosos, que nos sirven de refugio y descanso.—En uno de estos rincones se levanta la columna de piedra de una fuente.

Dejando á un lado la carretera y atravesando un pequeño arroyuelo cristalino y rumoroso, llegamos á la plazoleta de la fuente.—El paisaje que desde allí se dominaba era bello y agreste: verde, de tonos oscuros, entre las notas agrias de las rocas.

El riachuelo corría juguetón y sonoro sobre los guijarros.—Pasaba el agua, alegre, bullidora y clara, en pequeñas trémulas ondas fugitivas que se perseguían incesantes, quebrando en múltiples colores la blanca luz del sol.—De trecho en trecho la clara lámina, brillante como un metal bruñido, de algún silencioso remanso en el que se reflejaba la bóveda del cielo.

El agua es el alma del paisaje: le da el ritmo de la vida y le da la gracia alegre de su murmullo de cristal.

El divino Leonardo amaba el agua, como San Francisco de Asís. Él ha perpetuado en un lienzo una sonrisa de mujer, y en este mismo lienzo ha perpetuado la clara, la sonora, la riente ondulación del agua, entre las oscuras rocas ingentes.

Nos sentamos sobre un banco de piedra, á la sombra de un viejo árbol. La copa de este árbol estaba cargada de pájaros que daban al aire el ritmo de sus cánticos.

Ella escuchaba, como en éxtasis, todos aquellos murmullos, todas aquellas notas diversas que rompían el silencio del breve oasis.

—Todo esto es muy hermoso, ¿verdad? Me entran deseos de pronunciarles un pequeño sermón á estos



pajarillos parlanchines. Eso es lo que haría tu buen San Francisco.

—Sí, es lo que haría San Francisco, pero nosotros debemos escucharlos á ellos que nos dicen muchas cosas de nosotros ignoradas.—Cantan ingenuamente la alegría de vivir, cantan con la fé primitiva y luminosa del pobre juglar del señor. Y su canción es buena para nuestro espíritu y trae al corazón un raudal de apagados sentimientos. Estos pájaros saben decir todo cuanto sienten, porque tienen ese lenguaje armonioso, lleno de expresión. Nuestras palabras carecen de vida, son pobres en sus significados, y es por eso por lo que tenemos que guardar en silencio nuestros grandes sentimientos, si no queremos prostituirlos.—Cuando dos enamorados se aman verdaderamente, cuando de sus dos almas han hecho una sola y uno solo de sus corazones, no hablan: huyen de las palabras, que son vanas y supérfluas.—Precisamente hay en *I Fioretti* un sencillo ejemplo de la santa virtud del silencio, y este ejemplo es de honda poesía: Pues San Luis, Rey de Francia iba en peregrinación por los santuarios y llegó al convento de los Hermanos Menores de San Francisco.—Había oído elogiar las virtudes de Egidio, un religioso ejemplar y quiso procurarse la dicha de ver al hombre aquel que tan vivo interés le inspiraba.—Llegó al convento, preguntó, sin dar su nombre por el hermano Egidio, y cuando este supo que aquel peregrino le esperaba, tuvo la inspiración de que el peregrino no era otro que el santo rey de Francia, y salió á su encuentro, penetrado de la mayor unción. Pues así que estuvieron próximos pusiéronse de rodillas y se abrazaron fuertemente. Luego se levantaron y San Luis siguió su camino y Egidio se dirigió á su celda. No se habían cruzado una sola palabra. Los demás hermanos de Egidio le reprocharon su silencio cuando supieron quién era el visitante. Y el buen hermano contestó: «En el mismo instante en que nos abraza-

NOTA

mos,

mío.

que n

que e

Qu

cuche

acqua

El

Es

con l

excep

llar e

Nada

cosas

ama

agres

man

inces

afanc

puscu

risco

á trec

se al

deza

dame

la lu

El

tícul

gras;

línea

nada

lada.

los c

igles



mos, yo comprendí su corazón y él comprendió el mío. Así nos dijimos de corazón á corazón aquello que no aciertan á decir las palabras. Estad seguros de que el santo rey se fué satisfecho y consolado».

Que nuestro silencio nos diga nuestro amor, y escuchemos el alegre concierto de los pájaros y de *sor acqua*, y sea como un rocío para nuestros corazones.

Ella me ha otorgado el tesoro de su sonrisa.

*Día 29.*

Es el crepúsculo. — He subido á la cima del monte con la más agradable compañía. — Ella es una mujer excepcional, de una sensibilidad asombrosa. Sabe hallar en todas las cosas que nos rodean una intención. Nada existe para ella sin una voluntad. Ama las bellas cosas, ama los pájaros que agitan, vibradoras, las alas, ama las plantas que crecen en el monte: el tomillo agreste y oloroso, la retama, los negros líquenes que manchan la roca; los pequeños insectos que trabajan incesantes sobre la tierra, sobre las flores, que vuelan afanosos por el aire. — Y ama el hermoso paisaje crepuscular, formado por rocas escarpadas, por áridos riscos, destacándose en un azul, brillante á trechos, y á trechos en un fondo rosado, plácido; y ama ver cómo se alza en la lejanía, imponente y severa, con la grandeza de una vieja catedral gigantesca, quebrando rudamente la clara curva del cielo, una montaña, que la luz crepuscular tiñe de oscuro color azul.

El paisaje es una sinfonía de colores: algunos motáculos son esmeraldas radiantes; las vertientes negras; en el valle el claro amarillo de los rastrojos, las líneas paralelas de verdes vides; y acá y allá, diseminados, los bosquecillos de pinos dan su oscura pincelada. En una cuesta un tropel de rojos tejados, sobre los que se levanta la parduzca torre rectangular de la iglesia, con pequeños ventanales que sustentan las



campanas. Y sobre la torre el nítido, solemne aleteo de dos cigüeñas.

En la cima en que estamos sentados, hay una cruz de piedra, enclavada en la desnuda roca. Es una nota cristiana en el robusto paganismo del paisaje. Es una lágrima, una oración, un suspiro, y es sobre todo una protesta de los hombres contra la indiferencia con que *ve* la Naturaleza las humanas desdichas.

*Es un estado de alma cada paisaje.*

Ella ama todas aquellas cosas y me hace amarlas también.—Mira en torno, y todo tiene para ella una intención, un alma, una vida.

La luna aparece en cuarto creciente; poco después el punto de luz de una estrella: es Venus. Y seguimos con la vista á la estrella en su descenso, en su tranquilo deslizarse por el azul. Se desliza, suave, suavemente, titila como una clara llamita irisada, se acerca á la cima de un monte lejano y se creería una luciérnaga. De súbito como una pequeña lágrima luminosa, se pierde tras la oscura roca, y es como la pérdida de una ilusión.

Sobre las cosas el silencio, el solemne, el fecundo, el amoroso silencio...

*Día 30.*

*Voila le souvenir enivrant qui voltige  
Dans l' air troublé: les yeux se ferment; le Vertige  
Saisit l' âme vaincue et la pousse a deux mains  
Vers un gouffre obscurci de miasmes humains.*

CHARLES BAUDELAIRE.

Cuando llegué á mi habitación, á la triste soledad de mi habitación, sentí dolor de aquellos «momentos de infinito» gozados en la elevada cima. La recordé á ella, pálida, sonriente, con aquellos ojos luminosos en los que el crepúsculo ponía fugitivos reflejos rojizos; la volví á ver en mi recuerdo, sonriente y enigmática, con esa suave sonrisa irónica que imprime el alma en el rostro enigmático de la Gioconda.



Y pensé: ella estaba á mi lado; estaba materialmente á mi lado; pero ¿dónde estaba su alma? Y me sentí dominado por el desconsuelo. Ella me pertenecía,— ¿Me pertenecía acaso? ¿No había ninguna otra inquietud, ningún otro anhelo que turbase la serena placidez de su espíritu?

Recorrí mi habitación con la mirada. Y en ese rápido ojeo experimenté una sensación extraña: cada objeto era algo que daba á mi espíritu una impresión musical.—Así como la música nos hace revivir lejanos instantes, y nos vuelve á los más remotos estados del alma — se diría que una mano invisible hubiese impreso en los acordados sonidos una huella material, sugestiva y evocadora — así todos los objetos diseminados por mi habitación, me traían mágicos efluvios de lejanos dolores de efímeras alegrías: retratos, autógrafos de camaradas, al lado de las indecisas letras femeninas: libros de versos, que conservan entre sus hojas—señalando los preferidos poemas un día leídos en el tono apagado de las confidencias — marchitas flores, en cuyos pétalos descoloridos hay una ilusión; el brillo trágico del revólver arrebatado de las crispadas manos de mi amigo muerto, todo me traía un aliento de otra vida y me volvía á los negros días dolorosos, ó á los plácidos y serenos días.

El decorado familiar de esta habitación aumentó mi tristeza...

En el libro, abierto sobre mi mesa, se destaca esta frase de ironía: «Nosotros creamos el universo. Todo es creación nuestra.»

¡Somos los creadores del universo! y he querido que saliese el sol; que los picos de esa montaña—también creación mía — resplandezcan en el azul, y que las flores den á mi paso sus aromas y que mi vida sea



alegre, feliz. Y que ella — también efluvio de mi pensamiento — sea bella y suave y dulce, que haya amor en su mirada, y que haya amor en su pecho, y que su alma sea mía, mía, sin misterio alguno para mí, clara y transparente como ese manantial que hago surgir todas las mañanas de la roca.

Y no hay en la Naturaleza nada que responda á mi mandato.

Y ¿no hay en ella ninguna inquietud que turbe la serena placidez de su espíritu?

No puedo alejar de mí la silenciosa música de las cosas; son malsanos efluvios, mortíferos alientos. Toda la extensión de la vida en un fugitivo instante se cifra.

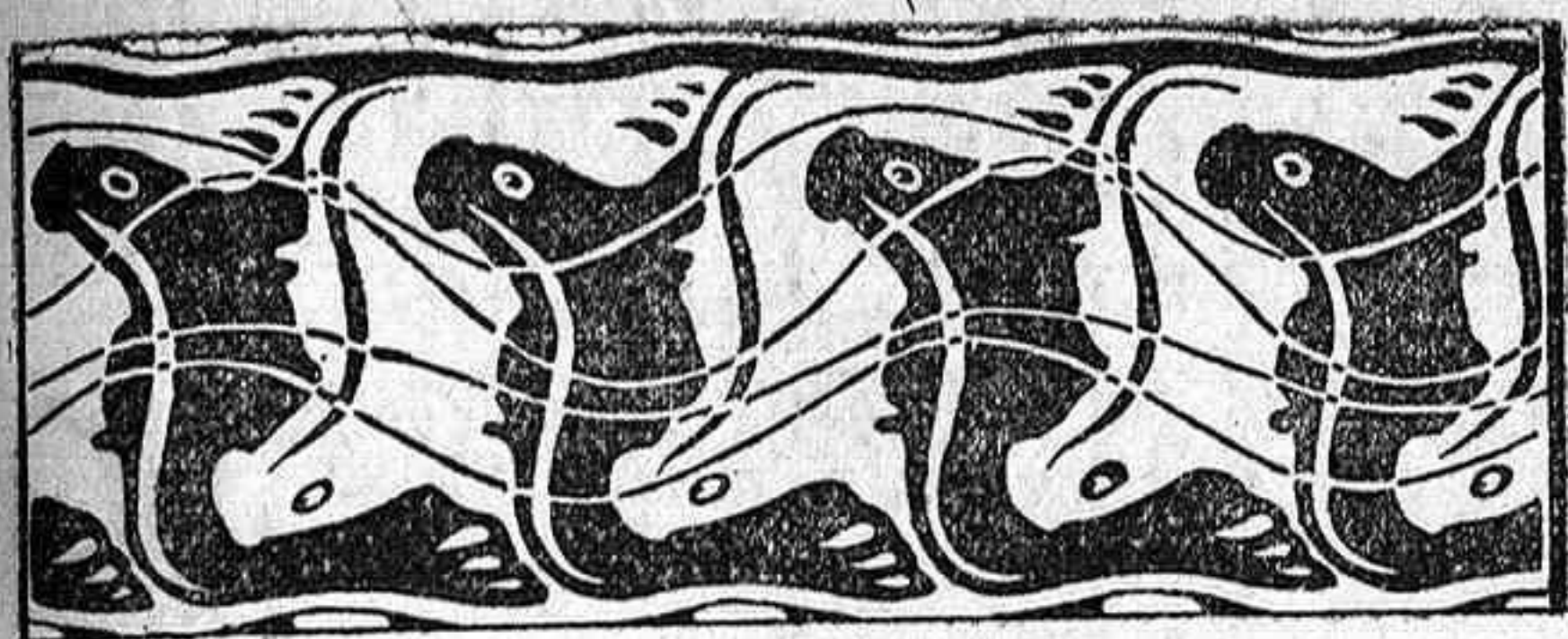
Y nosotros, los «creadores del universo» no podemos matar el recuerdo, aniquilar, deshacer el recuerdo; el presente se adhiere con fuerza á todo cuanto nos rodea, y quiere vivir siempre, siempre, con ansia implacable de vida. — Y vive en la flor marchita, en un ritmo musical — ¡aquel andante de Luis Beethoven! — en un retrato, en el color de una nube que pasa.

El último resplandor del crepúsculo arrancó al viejo revólver un vívido destello.



MA  
PO





MANUEL MACHADO  
POESÍAS . . . .

FLORENCIA

*Al dulce son del bandolín  
Carmin, el paje del cardenal,  
cantó la sombra del jardín,  
cantó Carmin:*

*Blanco lecho, negra noche,  
labios rojos,  
negro pelo, negros ojos,  
blanca tez,  
es el sueño no soñado,  
es el cuadro no pintado...  
Del placer,  
única cifra segura...  
La poesía y la pintura  
de la vida libre y fuerte  
solo igual á la hermosura  
de la muerte.*

*El dulce son del bandolín  
calló, del paje del cardenal,  
calló la noche del jardín,  
calló Carmin.*



## MARGARITA

*Es la flor del campo,  
es la margarita  
silvestre... La pobre  
flor que nadie mira.*

*Algún día manos  
brutales ó cínicas  
cortarán su tallo.  
A horribles caricias*

*dará su ternura.  
Y en fiestas indignas  
será flor de vicio  
ajada y podrida.*

*La «ella» de un negro  
poema, la víctima  
de un drama de sangre.  
... Tal vez la heroína....*

*En algún cadalso  
se le hará justicia.  
... Un cantar del pueblo  
dirá su poesía.*

*Es la flor del campo,  
es la Margarita...*

## LA ALCOBA

*En el cuarto en sombra  
duermen los colores  
de las flores.  
Duermen los albores  
de tu lecho blanco...  
Las rosas purpúreas  
de tu cara duermen.  
En medio del vaho  
de flores, y aroma*



*de tu carne suave,  
duermen en el cuarto  
todos los colores...  
¡Sólo veía el rojo  
carmín de tus labios!*

### MÚTIS.

*No triste, alegre  
con ruido y risa  
la vida cruzo  
mas llevo prisa.*

*Cortos placeres.  
penas efimeras,  
ideas vagas...  
ternuras tibias.*

*No sé, no quiero...  
Dejad que siga,  
corriendo loco  
sin senda fija;*

*dejad que cante,  
dejad que ría,  
dejad que lllore,  
dejad que viva;*

*de tenuidades,  
de lejanias...  
como humareda  
que se disipa.*

*Yo os dejo pronto  
con vuestra vida  
para vosotros  
todos los días.*

*Con vuestra Historia,  
con vuestra Crítica*



*de hechos profundos,  
fechas y citas.*

*Sed muy felices  
con vuestra vida,  
y un tomo grande  
para escribirla...*

*No triste, alegre  
con ruido y risa  
la senda cruzo,  
mas llevo prisa.*



GLO

C  
de s  
cas  
la v  
mir  
mun  
flor

L  
imp  
que  
sen  
Qu  
esto





## GLOSARIO DEL MES

COMO este mes de Mayo es blanco, florido de acacias, empapado en buenos olores, bañado en luz de sol, desearía yo para su Glosario, glosas tan blancas como él, tan florecidas y tan llenas de luz; pero la vida, madre de la tierra, parece que se obstina en mirar con ceño las lozanas horas primaverales y el mundo está triste porque aunque las acacias estén en flor hay pobreza y hay guerra.

LA guerra parece algo anacrónico; tan fuera de razón se nos antoja la violencia para establecer el imperio de la justicia en estos nuestros tiempos en que parece haberse levantado y ennoblecido tanto el sentido individualista de la palabra *humanidad*. Quien dice hombre, es como si dijera misericordia: esto nos lo ha enseñado la sangre derramada, aquella



última que debió derramarse sobre la tierra; pero ¡ay de los hombres! que si uno á uno pudieran ser humanos, juntos son patriotas y tienen hambre y sed de historia, y la historia — no sé si esto es verdad, pero es un hecho — sólo con sangre puede escribirse. He aquí que los japoneses han querido escribir su historia: y por eso se vierte una vez más sangre sobre la tierra.

Si la tremenda insensatez pudiera compensarse á fuerza de heroísmo, tendríamos loanzas que rimar para ese pueblo que siendo feliz desprecia la muerte, y manda á sus soldados á buscarla; y ellos van al mar y se hunden en sus aguas; y la patria que los envió, los mira perecer y no los llora y celebra á pesar de que murieron la fiesta de la santa primavera, porque han florecido los almendros. Estas son ciertamente gallardas posturas; el despacho del almirante Togo ha hecho nacer lágrimas en todos los corazones bien nacidos: para aquellos valientes el mundo entero ha tenido un aplauso, y hemos envidiado su hazaña todos los hijos de patrias decaídas: el fermento épico ha levantado agitaciones de entusiasmo ante este gran ejemplo; pero el Rey de Corea—como tu rey del Nirván, Benavente— se ha vuelto loco, y los astrólogos, dícese que cediendo á instigaciones del Japón, hanle arrancado de su corte y le han llevado á una ciudad-asilo. Porque Corea es un pueblo inferior y hay que civilizarle.

EN su palacio, como en un santuario, ahogándose en perfumes, respetada como diosa y amada como hermosa mujer, la Emperatriz de Rusia dicen que llora. Hay quien afirma que de compasión por los que mueren, hay quien asegura que de amor á la patria, que acaso está en camino de ser vencida, no



faltan quienes digan que es el orgullo herido el que hace de sus ojos fuentes de lágrimas: ¿qué importa? Yo quisiera ser gran poeta para cantar en rimas nuevas y tristes a questo llanto de mujer.

**H**oy es la primera tormenta del año: y la voz de sus truenos es de buena nueva porque nos dice con pompa inofensiva: ¡Ya viene el verano! Ya están deseando nacer las amapolas en los campos de trigo. El aire esta tarde tenía calentura, pero ahora ha comenzado á llover y el olor á búcaro que sube de la tierra mojada vale más que un imperio, vale un poema. ¡Con qué ansia está bebiendo la tierra las gotas de lluvia escasa, muy grandes y ruidosas! Arrecia el chaparrón, las gentes corren, pero los árboles que ya tenían sed extienden las ramas para bañarse en lluvia. Me gustan las tormentas y el verano es mi amigo: quisiera ser como los árboles, quisiera ser como una pradera para beber el sol y bañarme en las aguas frescas que ahora caen del cielo: tengo envidia á las últimas ramas de los árboles; son menudas, frágiles, de alegre color recién nacido que apenas se atreve á ser verde; á mediodía, cuando les da el sol, centellean, refulgen y tan blancas parecen que son como flores; cuando amanece son las primeras que reciben la luz, y al anochecer son las últimas que se quedan sin ella; nunca están en sombra porque sobre ellas no hay más que el cielo, y si hay lumbre de luna, para ellas es, y para ellas se ha hecho la celistia, que es el resplandor claro de las estrellas: en estas lluvias de verano — únicas lluvias que ellas conocen — son las primeras que sienten la caricia del agua, y siempre estremecidas y vibrantes parecen atisbar el más ligero soplo de viento. Así como estas ramas quisiera mi alma: vibradora y siempre recién nacida, cara al sol, cara al cielo, al mediodía y al atardecer, saboreadora de las fiebres del aire y de la frescura del agua que



cae, amiga de los vientos y de las calmas; inquieta siempre y siempre emocionada; y como las ramas morir cuando se muere el verano, y caer en la tierra y deshacerme pronto, cuando aun tenga el otoño fragancias: porque de todos los tristes destinos es el más triste el de las hojas solitarias, que se quedan durante el invierno prendidas al tronco, y tienen frío.

**E**L Rey ha vuelto de su viaje, después de haber sido aclamado por todas las mujeres españolas. Líbreme Dios—yo no entiendo de Psicología, ni de Fisiología—de achacar el éxito de Alfonso XIII entre las hembras españolas á los hondos motivos que descubre el amigo Maeztu: pienso que las mujeres son monárquicas, porque la monarquía es una institución casi poética y ellas son poetas sin saberlo, y porque los reyes visten de uniforme. El caso es que se han entusiasmado; y que nuestro rey (q. D. g.) no tiene nada que envidiar á los más favorecidos monarcas de zarzuela; las señoras *del coro* han afinado maravillosamente, y aun se cuenta que entre las entusiastas había no pocas de muy lindo rostro y excelente palmito, cosas que ya en Apolo y la Zarzuela van por desdicha escaseando bastante. Amores espontáneos de mujeres hermosas; vinos andaluces escanciados en copa de oro; á pesar del progreso, del anarquismo y de la constitución, aún se puede ser rey en España.

**C**omo una fresca rosa de Mayo, rosa de cien hojas, se ha abierto hoy la Exposición de Bellas Artes. Yo, que no soy crítico, ni quiero serlo, sólo puedo decir como he visto los cuadros de vida que ha pintado Sorolla, y los jardines en silencio que no sé si ha pintado ó ha soñado Santiago Rusiñol: á ellos, y á tantos otros que nos otorgan hoy limosna de belleza, ofrezco más que mi admiración mi acción de gracias.



Está Madrid lleno de artistas que nos han venido de toda España: por la mañana, á mediodía, en la hora incomparable del atardecer se ven en las calles, en los comedores de los hoteles, bajo los árboles del Retiro y en la Castellana, atavíos extraños, sombreros fantásticos, y se oyen palabras dichas en todos los nobles dialectos de esta patria; palabras que dicen de formas, de colores, de líneas, de belleza. ¡Bandada alegre de golondrinas de sol, bienvenida! Madrid se ha vestido de gala para recibiros; no se cansa el cielo de ser azul, no cesan los jardines de abrir sus flores, ni deja el aire de oler á gloria; blancas están por festejaros las blancas acacias, blancas las celindas, blancos los trepadores rosales que desbordan las olas de rosas sobre balaustradas y escalinatas, blanca la pompa de los mundos, blancas empurpuradas de gotas de sangre las copas frondosas de los castaños, blancos los trajes de las mujeres y de los niños; blanca estaba la luna esta noche, vestida de las gasas que iba hilando su luz en el cielo, como deshecha en lágrimas de plata, que iba llorando sobre los árboles.

G. MARTÍNEZ SIERRA. *de J.R.7*

## POESÍA

### LA ESTANCIA EN PENUMBRA

#### • COMENTARIO SETIMENTAL

**E**L anunciado banquete en honor de Martínez Ruiz me llena de regocijo, porque es una de las pocas intenciones justas de la actual juventud literaria. Agruparse en un jardín, con corazones llenos de sinceridad, para darle los buenos días á un verdadero poeta, es siempre un acto de



belleza, aun cuando no haya otro remedio que comer; pues aquí—ya se sabe—todo se arregla comiendo. Yo creo que estas citas, en un jardín, de la juventud que caza estrellas, debieran hacerse frecuentes, pero á una hora serena y sin tanta cantidad de alimento corporal como es costumbre. En el mes de mayo y en Madrid, á mediodía, en plena digestión, las mismas coplas de Don Jorge Manrique parecerían triviales y ramplonas; por desventura, el diamante-en-flor del alma no está aun lo necesariamente desbastado para que brille en el esplendor divino de su cristal, al sol de estos mediodías españoles. Yo, al menos, á las dos de la tarde, con sombrero de copa, comido y bebido, no soy capaz de admirar á nadie. El sol, sobre todo, es un gran indiscreto.

A una estancia violeta por la luz y fragante por algunas rosas, pasada ya la gran tristeza de todo el día, van llegando los poetas jóvenes. Han sonreído ya al trabajo de la tarde; traen las líneas del rostro movidas de alma; acaban de leer, acaban de escribir; no tienen odio, ni envidia, ni egoísmo; cada uno de ellos desea que haya muchos poetas, muchos novelistas, muchos críticos... En el ambiente está el sueño de un arte colectivo, de un gran esfuerzo personal. Se desdenna la literatura de oficio; ni siquiera se nombra la Academia; las innovaciones son acogidas con talento... Se sueña, se habla, se admira... Y, ya á la pálida puesta de sol, salen todos juntos, sonrientes, efusivos, y dan un paseo por los parques en rosa y en bruma... Entonces se puede tomar algo; pero, por Dios, sin comer tanto... A lo sumo, una taza de té.

De no ser así, el único remedio es aislarse. Lejanas las personas, en los estantes están los libros. El que se ha embriagado con rimas de poetas amigos, puede muy bien ir luego solo por las avenidas; dentro del corazón se llevan corazo-



nes... Pero esos cafés... esas cervecerías... El sol se pone, todas las tardes, inefablemente sobre los árboles, en esos campos primaverales; en el aire hay una limpieza de libro. Y los campos están al lado de la ciudad... Alguien ha culpado á poetas sin tacha de no mezclarse en las pasiones de la vida. Esos poetas saben bien que no sirven para nada y siguen haciendo sus versos en silencio y en sonrisa. Y, sobre todo, que un ruiseñor no puede hacer vida común con tantos gallos...

Si todos tuvieran la discreción de acudir á los banquetes á la hora de los postres, la literatura iría ganando bastante... Uno sale de su aislamiento, le da un apretón de manos al verdadero poeta que se festeja y, después, tranquilo, satisfecho, sin odio, sin vino, se vuelve á su aislamiento, con la admiración intacta, bien dispuesto á continuar una vida de trabajo, entre la luz violeta de la estancia y la suave fragancia de sus rosas...

JUAN R. JIMÉNEZ.

## REVISTA LITERARIA

ANTONIO de Hoyos es el novelista más joven de España. Hace poco más de un año publicó su primera novela *Cuestión de ambiente*. Prologóla la eximia escritora doña Emilia Pardo Bazán, encareciendo grandemente el talento de su autor, y pronosticándole éxitos futuros. D. Juan Valera, en *El Imparcial*, á vuelta de insignificantes reparos, acompañamiento de toda obra primeriza, llegaba á consecuencias muy semejantes á las de la señora Pardo Bazán. El reportaje y la crítica periódica acogieron benévolamente al joven escritor, viendo en él estilo fácil, suelto y jugoso,



observación nada vulgar, retina plástica y pictórica, léxico abundante, y cierta intención satírica de acre humorismo. Tales eran las condiciones, galanamente ostensibles en su primera obra, sin contar un vago prurito trascendental en el fondo, loable tendencia á las ideas generales, al planteamiento de problemas abstractos en la concepción del asunto. Como el fondo sobre que se desarrollaban los lances y peripecias del argumento, las situaciones episódicas, los personajes secundarios y algunos de los principales, estaban muy vistos y mejor comprendidos, la narración de la novela resultaba sencilla, clara, elocuente, con la elocuencia efusiva y pintoresca de una conversación amistosa, aunque á las veces, de tarde en tarde, se traslucían preocupaciones de estilo, y afán de la frase retorcida y bella, contrastando con nota de afectado rebuscamiento, de la diafanidad ingénuo y casi cristalina del resto de la obra.

Al año, sobre poco más ó menos de publicada la primera, aparece la segunda novela, titulada *Mors in Vita*. Si se tiene en cuenta que *Cuestión de ambiente* vió la luz apenas cumplidos los veinte años de su autor, resulta que antes de los veintidós cuenta en su bagaje literario dos libros bastante voluminosos, aparte de varios artículos críticos, estudios históricos, cuentos y novelitas, publicados en revistas y periódicos. Pensará con esto el lector, que Antonio de Hoyos, para semejante producción abandona todo orden de actividad que no sea el literario, y se entrega con alma y vida á la penosa tarea de imaginar entretenidas y amenas intrigas, y luego narrarlas artísticamente. Nada más lejos de la realidad. Antonio de Hoyos discurre la mayor parte de su vida en agradables pasatiempos de sociedad, tan amados en un tiempo por Stendhal, ya que algunas damas bellas, inteligentes y nobles, saben disertar sobre las flaquezas y pasiones del corazón humano con más tino, mesura y ciencia que todos los sabios y libros que en el mundo han



sido y serán en los tiempos venideros. Las horas que le restan de tan amable, sugestiva y dulce sociedad, bástanle para leer escogidos libros de filosofía y arte, y aderezar con sus útiles enseñanzas la vida intensa que en su memoria se ha ido acumulando por experiencia inmediata.

Sin pasar adelante, acuden á los puntos de la pluma importantes problemas de crítica literaria, que sería menester dilucidar, ó cuando menos aquilatar en su verdadero valor. Por lo pronto, ocurrese preguntar: ¿Cuál de los dos modos de producción novelesca es preferible; el procedimiento meticuloso, atormentado, sintético y conciso á lo Flaubert, ó el amplio y exuberante, torrencial y espontáneo de Balzac? ¿Cuál de los dos lleva más sensación de vida al ánimo del lector; el estilo pictórico y plástico del uno, ó la manera desordenada, confusa, vehemente del otro? Taine mostrábase más partidario de este último, y en diferentes ocasiones afirma, ya, que el esfuerzo penoso del novelista de Croisset era infructuoso, pues el sentimiento visual sólo puede darse con la pintura, ya que pese á los anatemas de los académicos gazmoños del léxico oficial, las novelas balzaquianas adquieren en ocasiones fuerza y vigor de estilo, imposible de superar. Beyle cuidábase poco de la corrección del lenguaje, y hasta llegaba á afirmar humorísticamente que debía escribirse mal; muy contados, no obstante, habrán atinado á dar con la frase justa, con la expresión adecuada como el maravilloso creador de *Le rouge et le noir*. Otros escritores, por el contrario, son esclavos de la frase, supeditan toda la estética al bello decir, y sufren cruelmente la fiebre puerperal, ó la amarga tristeza de un tirano impotente para dominar terribles algaradas de vocablos, que en último término son deleznable entidades abstractas. Un crítico francés ha llegado á decir que hay dos categorías de escritores, unos que saben escribir, y otros que no saben escribir. Y aquí, yo que soy un poco



escéptico, tropiezo con dos palabras, de las que más equívoco é incierto valor tienen, el bien y el mal. ¿Qué es escribir bien? ¿qué es escribir mal? ¿Lo es, por ventura, acomodarse á las reglas prosódicas y sintáxicas, dictadas por unos cuantos señores, más ó menos discretos, que se han constituido á sí mismos en árbitros del lenguaje? ¿O lo es por el contrario, seguir fielmente en la acepción de las palabras, en los giros y construcciones, el empleo del vulgo, de la masa, sin contrahacer y desfigurar el uso cotidiano del pueblo, que en opinión de los lingüistas ha formado la lengua? ¿Sería verosímil que existiesen con toda su riqueza de expresión las lenguas neolatinas si los autores de la baja latinidad hubieran impuesto al vulgo la elegancia retórica de Cicerón ú Horacio?

Sea de esto lo que quiera, y sin resolver nada en definitiva, no juzgo necesaria vista de zahorí para ver palmaria-mente que Antonio de Hoyos, al escribir su novela, ha sentido vacilar su espíritu entre las dos tendencias de que se habla, y ha sufrido vehementes tentaciones, tan pronto de la manera atildada y sutil, muy en boga hoy, como de la ingénua, borboteante y arrolladora elocuencia, que viene á ser atávico palpitar de los frondosos raptos líricos de los románticos. De todo lo cual resulta una amalgama agri-dulce, no exenta de deleite, que se paladea al leer este libro neo-romántico á trechos, á trechos decadente y atormenta-do, limpio y suelto en el decir por algunos pasajes, tieso y engolado como fijodalgo en otros. Y esta misma dualidad del estilo, resultado de incertidumbres en la orientación, se encarna y manifiesta claramente en los personajes que interviene en la trama. Los unos,—generalmente de segundo término,—son personas vivas, singulares, humanas. Los otros, son representación de ideas generales, de conceptos abstractos, símbolo de pasiones, casos patológicos, típicos, con todos los caracteres del ideal especulativo. Como yo no



creo que por esas calles de Dios, puedan darse á la vuelta de una esquina seres representativos, de ahí que,—sin duda por efecto de este prejuicio, en cuyo caso yo solo soy el culpable—cuando me los tropiezo en las páginas de un libro me produzcan la misma indiferencia que si me contasen cuentos de la luna. Claro está, que lo anterior no tiene nada que ver con el arte simbólico, entendido con amplitud. Yo no soy enemigo, á todo trance, de los tipos generales en obras de carácter educativo y moral. Pero esto sería de muy larga explicación, y no es ocasión propicia la presente.

En el caso de *Mors in vita*, hay tres factores heterogéneos de carácter representativo que se presentan como irreducibles para la resolución del problema capital de la novela de Antonio de Hoyos. Alvaro, encarnación de la abulia, de la pasividad en la vida, dócil á todos los impulsos; la marquesa del Paular, el misticismo hecho hembra linajuda—y cuenta, que para el autor misticismo es sinónimo de suerte—; Luz, símbolo hermoso de la vida. En el espíritu de Alvaro luchan las sugerencias de su amante, de Luz, con las enseñanzas ascéticas de su madre, la marquesa del Paular. Alvaro es miserable criatura que sin propia determinación, siéntese disputado por la muerte y la vida. ¿Quién triunfa al cabo? La campaña es larga, recia, accidentada; hay victorias momentáneas, y fracasos fugaces; pero, á la postre, la muerte, la muerte moral, se enseñorea del espíritu del protagonista. Esta solución es de gran tristeza, de pesimismo desesperador. Quizás, al poco tiempo de abandonada la lectura, el raciocinio vuelva por sus fueros, desdeñe un poco los acaloramientos de la imaginación, y piense que no es tan fiera la influencia de todas las marquesas del Paular como las pintan; pero, por el pronto, la sensación estética conforme avanza el desarrollo del libro, es obsesionante, trágica en ocasiones, siempre amena y entretenida, y



remueve en el hondón del alma problemas y preocupaciones íntimas.

RAMÓN PÉREZ DE AYALA.

## APUNTES INTERNACIONALES

DERROTAS QUE REDIMEN: LA

DEL YALÚ • • • • •

Si Sir Edward Creasy hubiera de escribir ahora su libro de las batallas decisivas de la historia, es de creerse que incluyera en él la del Yalú, ocurrida entre rusos y japoneses en los últimos días de Abril y primeros de Mayo del presente año, cambiando probablemente respecto de ella, el calificativo de decisiva, por el de reveladora de potencialidades que inician una etapa enteramente nueva en la vida del mundo.

El imperio del Japón con su triunfo sobre la China en 1895 quedó incorporado como potencia asiática de primera clase; los pueblos occidentales se atribuyeron no poca parte en la victoria, que juzgaban debida á la adopción de los métodos de ellos por los japoneses. Se creía que entre pueblos amarillos debería de ser lógicamente vencedor aquél que se hubiera asimilado en mayor grado que el otro los usos y las prácticas de los pueblos cristianos. Pero el dogma de superioridad innata de la raza blanca sobre la raza amarilla, quedaba intacto, en pie. Allá ellos, se decía; de japonés á chino, ambos amarillos, han triunfado naturalmente los primeros; pero otra cosa será cuando tengan que habérselas con hombres blancos, de inventiva inagotable en las artes de la paz y de la guerra, de valor incontrastable y de supremo ímpetu avasallador. Los triunfos japoneses no



habían quebrantado pues la creencia en la inferioridad de la raza amarilla. Y el mundo occidental nada temía, ó temía muy poco, del manifiesto engrandecimiento de un pueblo considerado radical é irremisiblemente inferior, y por ende predestinado á la derrota el día de un conflicto serio con una potencia blanca de primera clase.

Los triunfos obtenidos por la marina japonesa, debieron de empezar á quebrantar la leyenda de la superioridad de los blancos; empero, en asuntos de marina, suelen entrar en juego tan diversos y complicados elementos que los hechos se prestan á numerosas y varias explicaciones. Además Rusia no ha sido primordialmente nación marítima y circunstancias de concentración de naves guerreras en un momento dado y de posible negligencia ó de falta de preparación en un caso especial, podían aducirse para disculpar una derrota, sin que esta afectara de manera definitiva el prestigio de la potencia blanca.

En tratándose de guerra terrestre el imperio moscovita se ha considerado desde tiempo inmemorial, pudiera decirse, con relación á la época presente, igual, sino superior, á cualquiera de las grandes potencias militares. Lo vasto de su población y su propio sistema de gobierno, irresponsable y despótico, que permite el empleo de todas las energías nacionales, como dócil instrumento por una sola mano, facilitan la eficacia del militarismo en grado muy superior al que éste puede alcanzar en países en que existen trabas de opinión pública, de Parlamentos, ó de consideraciones económicas internas ó internacionales.

Todas las fuerzas de Rusia reunidas están en la mano del Zar, investido con la doble púrpura de Emperador y de Pontífice.

El ejército ruso es incontable en su número y si del éxito de su empeño pudiera abrigarse duda en guerra de invasión contra Alemania ó Austria por ejemplo, nadie se atrevería á



tenerla, ni en guerra de defensa del suelo patrio, ni en guerra de invasión contra pueblos asiáticos, tártaros ó mongoles ó cualesquiera otros.

Los hechos truenan con estallido perdurable, de vibraciones imperecederas en la historia. Esa leyenda de superioridad ha sido reducida á polvo por los japoneses en las márgenes del Yalú. Allí fueron vencidos los rusos á pesar de hallarse atrincherados, hechos prisioneros batallones enteros, cogida su artillería y puesto en fuga desordenada el grueso de su ejército. No cabe alegar la superioridad del número de los japoneses, porque con las modernas armas de precisión y de tiro rápido, las trincheras suplen grandes excesos de tropas, como recientemente se ha visto en incontables ocasiones.

En el arte de la guerra, al cual convergen todos los esfuerzos de los pueblos modernos, que empiezan por la educación del cuerpo, para que sea robusto y del alma, para que sea audaz hasta la temeridad y desprecie la vida en servicio de la patria; que ha de estudiar toda clase de problemas, de concentración, de movilización, de comisariato, de hospitales, hasta los de eficacia de armas de todo género y de las mil contingencias de la estrategia, los japoneses han resultado superiores, por mar y por tierra, a la nación más esencialmente militar de Europa.

Sería de todo punto incorrecto calificar de decisiva la batalla del Yalú; como sería también, pueril é insensato, aun cuando ella á la larga hubiera de ser seguida por el triunfo final de Rusia, negarle su carácter de reveladora de que no hay tal inferioridad innata é irredimible en los pueblos amarillos.

Bajo otro aspecto, y aunque ello á primera vista parezca paradójico, es un hecho que el Japón, en el encadenamiento providencial de la historia, ha venido á ser un gran benefactor del pueblo ruso. La estructura política del imperio



de los Zares es una monstruosidad anacrónica en los tiempos actuales. Sus frutos son de ignominia y de miseria; su inmenso poderío le da á la iniquidad triunfante un prestigio que es un ultraje para la civilización embrionaria del mundo, y que constituye un obstáculo á la libertad y al progreso humanos.

Todo golpe que quebrante esa colosal armadura protectora de la tiranía increíble, que es crueldad, que es fanatismo, que es abyección, que es dolor infinito para millones y millones de hombres, ha de ser golpe bendecido por cuantos amen á la humanidad y ansíen porque ésta, en su peregrinación á través de los siglos, se acerque á los verdaderos ideales de justicia.

No es cierto tampoco que Rusia encarne el cristianismo en la presente lucha. La Rusia oficial, el Imperio que combate no tiene de cristiano más que el nombre; de la esencia nada tiene. Donde los hombres todos son siervos; donde ni el aire ni el suelo son libres; donde el espía y el delator son los supremos agentes de gobierno; donde el asesinato oficial es acontecimiento diario que se perpetra en razas indefensas por el crimen de la sangre que sus venas llevan; donde toda conciencia humana tiene que permanecer sumisa incondicionalmente al despotismo de una gerarquía de amos, cuyo único punto de contacto con los millones de oprimidos es el látigo que martiriza, el plomo ó el hierro que matan, ó las tenebrosas prisiones, ó las heladas estepas en que se vive muriendo, hablar de cristianismo, hablar de la doctrina del que murió por redimirnos de la miseria y del dolor, del que cristalizó su enseñanza proclamando la fraternidad universal y la igualdad de los hombres ante Dios, es una blasfemia incomprensible, un servil acatamiento á las fórmulas vacías, que no han de convertir, ni ahora ni nunca, en savia generosa de vida lo que es letal veneno.



Sábese que el Zar y su augusta esposa, sobrecogidos de asombro y de pavor, han vertido amargas lágrimas al enterarse de las derrotas de sus armas imperiales. Bienvenidas sean esas lágrimas. El llanto puede ser también una escuela provechosa cuyas múltiples enseñanzas redunden en beneficio de los oprimidos. Por alta que sea la eminencia de un trono, la púrpura no encubre sino carnes humanas, ligadas por vínculos inquebrantables, á través de todos los convencionalismos, con el resto de la especie. Hoy llora el orgullo herido, la soberbia tradicional abofeteada en pleno rostro ante el mundo entero. Acaso del dolor, como del choque entre la piedra y el hierro la chispa, brote el raciocinio precursor de la investigación. Los soberanos rusos son la encarnación suprema,—inocentes, sin duda, personalmente,—de las castas dominantes que abusan del poder, que tiranizan y que explotan con inhumana crueldad. Cuando ya se llore por el dolor de los que en el patrio suelo sufren hambre y frío; cuando se llore por las tinieblas de las conciencias, sin más horizonte que la esclavitud y la miseria; cuando la persecución y la matanza dentro de Rusia misma, de infinitos seres inocentes, despierte lástima; cuando el gemido de los que marchan por entre nieves y escarchas á las minas y presidios de la Siberia llegue á las alturas del poder; cuando el infinito sufrir de las muchedumbres vibre como un relámpago rojizo ante los afortunados y sea advertido por ellos y la lógica encadene inexorablemente la humillación impuesta por los japoneses, con el abuso, con la tiranía y con el crimen entronizados en la patria; y cuando en la onda del llanto haya una lágrima por el propio pueblo cuyos hijos mueren gallardamente en el oriente extremo del Continente Asiático, apuntará la aurora de redención para ese pueblo ruso á quien es hoy adversa la suerte de las armas.

S. PÉREZ TRIANA.



## INFORMACIÓN LITERARIA

## • LOS NUEVOS NOVELISTAS

## ARAGONESES • • • •

## I

Por hábito de la profesión, que viene á la larga á constituir una segunda naturaleza, tiendo á lo histórico casi sin darme cuenta, y así no extrañen los lectores de este artículo que comience estas notas referentes á los nuevos novelistas aragoneses por indicaciones de tal carácter. Pero no hay que alarmarse: no caeré en el tan corriente vicio, entre los profesionales de la historia, de pretender encontrar la raíz de géneros literarios modernos en rancios pergaminos medievales; á los novelistas aragoneses contemporáneos no es preciso enlazarlos con autores semiprehistóricos; son hijos de su tiempo y pintan la época en que viven, sin que en ninguno se hayan manifestado aficiones á cultivar la novela histórica, ya imaginada, á semejanza de Walter Scott ó sus imitadores, ya arqueológica, á guisa de Ebers ó Sienkiewikz.

Nuestros novelistas cultivan preferentemente el *baturris-*mo ó estudio de los *baturros*, esto es, de los campesinos aragoneses; en esta labor han tenido precursores, y á éstos me refiero al decir que iba á comenzar mi estudio apelando á la historia.

Aunque no constituye novedad literaria entre nosotros el tomar al pueblo como primera materia de observación, y buena prueba de esto da la clásica novela picaresca, no es posible negar que á las nuevas corrientes democráticas en la política, debe achacarse el que los escritores busquen en la pintura de la vida de las clases populares asunto preferente para sus novelas; salimos, por fortuna, de aquellos novelis-



tas que *pintaban* la vida de duques, condes y reyes, y hemos caído quizá en el exceso contrario, en la *golfería* á todo pasto, como savia que nutre preferentemente la novela y el teatro por horas; no es, pues, de extrañar que existan tales tendencias en nuestros novelistas; pintan el pueblo, y entre éste á los *baturros*, ya por ser lo más típico, aunque en esto haya sus más y sus menos, ya porque faltos en Aragón de masa obrera que pueble talleres y fábricas hasta hace una docena de años, el *baturro* era la genuína representación del pueblo aragonés.

Y por ahí comenzó la literatura regional hace más de cincuenta años; D. Braulio Foz, catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Zaragoza, notable helenista, al decir de quienes le conocieron, educado en Italia, publicó las famosas aventuras de *Pedro Saputo*, el libro tuvo extraordinaria aceptación; se agotó muy pronto, y hace pocos años se ha hecho de él nueva edición; sin que por eso sea tan conocido ni elogiado como, á mi juicio, merece serlo; el lenguaje, semejante al de nuestros escritores clásicos del siglo de oro, es castizo y puro; en la obra se ve el marcado influjo de nuestros clásicos novelistas picarescos y de los cuentistas italianos imitadores del *Decamerone*, de Bocaccio; tiene, además, asunto ó tesis, que hoy llamaríamos pedagógica, análoga al *Autodidacto* de Aben-Tofail; Pedro Saputo (sabio en el lenguaje del Alto Aragón), nacido en Almudévar, es un chiquillo de natural despejo y luces, que sin maestros aprende la pintura y la música, corre el mundo y nos cuenta sus aventuras; mas aquí aparece ya el carácter arriba apuntado: los *baturros*, convecinos y co-terráneos de Pedro Saputo, acuden á él á consultarle sus negocios, y allí aparecen por primera vez leyendas populares como la de la *balsa de la culada*, la *justicia de Almudévar* y el *pleito al sol*, repetidas por los cuentistas *baturros* posteriores.



No conozco novelas aragonesas publicadas con anterioridad á ésta, ni posteriores, hasta hace pocos años, exceptuando las de Matheu; mas este excelente literato emigró pronto de *la tierra*, cultivó asuntos extraños á Aragón en la mayor parte de sus obras, y entrado en la masa común de escritores, no tuvo especial y perceptible influjo en el desarrollo de la literatura propiamente aragonesa; fué cual otro Argenso-la, que marchó á Castilla á enseñar castellano.

Continuando este *recorrido histórico*, son de notar los cuentos baturros del saladísimo escritor Agustín Peiro (Antón Pitaco), escritos al correr de la pluma para diversas publicaciones zaragozanas y recopilados en un tomo por el Casino de Zaragoza en 1891, cuando murió Peiro.

Fué éste un zaragozano que se educó en Burdeos y de allí trajo un *esprit* y un *savoir faire* completamente exóticos en tierra de Aragón: como pintor, fué caricaturista de muchísima gracia y como literato, sus artículos de costumbres y cuentos, tienen la misma tendencia: es un escritor festivo que *tira* á la caricatura.

En sus cuentos *baturros*, graciosísimos algunos, pinta la simplicidad de los campesinos: hay en ellos ciertos rasgos muy bien vistos del natural, mas ni fué un *profesional* de la literatura, ni acometió obra de empeño. Cumplió sin embargo la misión de ir con sus cuentos acostumbrando á las clases elevadas y medias á saborear la literatura *baturra*.

Esta misma misión desempeñó entre la gente del pueblo otro escritor, catedrático de la Universidad, que ocultó su nombre bajo el pseudónimo de *Crispín Botana*: sus tomitos titulados *La gente de mi tierra*, colección de chascarrillos vulgares enlazados, escritos en el lenguaje pedestre, incorrecto y chabacano conque suele expresarse la gente del pueblo, tuvieron extraordinario éxito: el público compró estos libros en que se veía retratado el *baturro* sin gran dosis de arte,



mas así se fué acostumbrando á leer libros de *baturros* que pronto vinieron á ser muy buscados en las librerías.

Cuando estuvo dispuesto el terreno, comenzaron á aparecer escritores que cultivaron con mas gusto y arte el nuevo género: Mariano de Cavia tiene algunos preciosísimos cuentos *baturros* modelo en su género: Matheu escribió novelas en que tímidamente aparecen algunas tipos *baturros*. Mariano Baselga en sus *Cuentos de la Era y Desde cabeza cortado* diseñó algunos preciosos tipos populares con arte y exquisito gusto, principalmente artesanos de ciudad; mas los negocios financieros le han hecho desertar de las filas literarias. Poco á poco el *baturrismo*, elogiado y animado por el público, fué contando con mas cultivadores: Casañal, Celorio y García Arista escribieron cuentos y cantares en verso. El éxito de *La Dolores* de Felú y Codina, falta sin embargo de ambiente aragonés, donde no hay más tipos bien dibujados que los no aragoneses, esto es, el seminarista y el sargento andaluz, animó á la gente de pluma. Tras de *La Dolores*, vinieron *Gigantes y cabezudos* y *El Olivar*, las dos aplaudidas, y superior la segunda á la primera como obra de ambiente *aragonés*; y todos estos éxitos, agregados á los dibujos y cuentos de Teodoro Gascón en el *Blanco y Negro*, á los que precedieron los coleccionados por el general Nougués bajo el pseudónimo «Un soldado viejo natural de Borja», dieron una popularidad á lo *aragonés* de que jamás habían disfrutado, ni los tipos ni las costumbres de mi tierra.

Extrañando que no se efectuase labor de mas altura literaria, todos nos decíamos: ¿Cuándo aparecerá un Pereda aragonés? nadie lo veía, ni siquiera lo vislumbraba. En los carteles de los juegos florales de Calatayud y de Zaragoza, por indicación mía, se puso en años sucesivos el tema *Novela de costumbres aragonesas*: los jurados lo declaraban desierto; ni con esta aplicación del *forceps* salía el nuevo ser;



al último apareció cuando nadie lo esperaba y de donde ninguno podría sospecharlo, y salió fuerte, robusto, lleno de vida para regocijo de Aragón y de las letras patrias.

## II

En el año 1900 los periódicos diarios de Zaragoza anunciaron la publicación de una novela titulada *Capuletos y Montescos*; el autor era Luis López Allué: el título recordaba las enconadas luchas de los veroneses; el nombre nada decía. Lopez Allué era un desconocido entre la gente de pluma; Cáyia llamó la atención sobre la novela, tributándola entusiastas elogios; de López Allué se sabía en Zaragoza que era de Huesca, que había estudiado la carrera de Derecho en la Universidad de Zaragoza, donde había sido un escolar bullicioso y calavera sin pizca de aficiones literarias: sus amigos se mostraban sorprendidos de sus nuevas aptitudes.

Se leyó la novela, y el juicio fué unánime; teníamos un novelista, y de mayor cuantía. Lo que no daban los profesionales de las letras ni los juegos florales, lo produjo el acaso. Obligado López Allué á vivir en un pueblo de escaso vecindario de la provincia de Huesca, se refugió en la lectura como recurso para no aburrirse, y poco á poco fué naciendo en su mente la idea de ir escribiendo las escenas que á diario presenciaba; así nació su obra, reflejo exacto de la vida de una aldea, con sus luchas enconadas, sus tipos arrancados á la realidad, sus descripciones exactas del *medio* y de las costumbres y hasta su *tesis simbólica*: no era López Allué un *colorista* ni un coprador de la realidad más ó menos hábil; hay en su novela atisbos y lecturas de sociólogo y de jurista; la vida interna y las transformaciones de nuestros pueblecillos están perfectamente vistas y señaladas: el señor José, hijo de sus obras, encarnación del tra-



bajo personal y bien dirigido, lucha con D.<sup>a</sup> Rufina, descendiente de la aristocrática familia que hasta entonces había tenido el respeto y la obediencia de los habitantes de Escuarve: este es el problema que se debate, aunque los amores de sus respectivos hijos, Pablo y Julia, parecen el asunto principal: las elecciones de diputados son motivo de que la lucha estalle: es un precioso cuadro de costumbres políticas rurales; López Allué ganó con su primera obra puesto en primera fila entre los novelistas aragoneses.

Después ha publicado en la *Revista de Aragón*, *Pedro y Juana*, idilio baturro de gran vigor, y un tomito de cuentos, *De Uruel á Moncayo*, en donde hay algunos admirables, como los titulados *El Pedrisco*, cuento anarquista escrito con nervio extraordinario, y *Xenofonte ó el último zorrillista*, preciosa sátira política: López Allué está en el vigor de la edad y en el pleno desarrollo de sus facultades; prepara actualmente otra novela grande, *Pepe Santolaria*, en la que intenta estudiar cómo el medio de una capital de tercer orden aplana y deshace las facultades de un *intelectual* de empuje; conoce bien el asunto que se propone tratar, y es de suponer que su nueva obra no será inferior á las que ha publicado.

Así como Campoamor oía «en Cádiz repercutir un besodado en Cantón», los elogios tributados al novelista altoaragonés movieron la pluma de otro novelista en las riberas del Jalón, cerca de la frontera de Castilla, en Calatayud.

Tampoco este novelista es un literato profesional: Juan Blas Ubide siguió en sus mocedades las carreras de Derecho y Filosofía y Letras; tuvo en esa época aficiones literarias, que se manifestaron escribiendo poesías y articulitos literarios en los diarios bilbilitanos, mas pronto las realidades de la vida y los deseos de su familia le obligaron á establecerse en Calatayud; allí se puso al frente del colegio de segunda enseñanza, abrió bufete y hubo de entrar en la política lo-



cal, siendo cabeza y alma del partido conservador; entre sus pleitos, sus lecciones y sus andanzas políticas ha vivido veinte años sin escribir más que en papel sellado, cuando el éxito de la novela de López Allué, despertó en Blas y Ubide una noble emulación; había un novelista alto-aragonés que nos describía la vida y costumbres de los pueblos cercanos al Pirineo, ¿por qué no ha de haber novela y novelista de la tierra llana? Tras del escritor del *secano* apareció el del *regadío*: un asunto forense, seguido en su despacho, le sugirió el argumento de su primera novela *Sarica la borda*, que está actualmente publicando en la *Revista de Aragón*; en ella se retrata con exactitud grandísima el paisaje, tipos y costumbres de los pueblos ribereños del Jalón: Juan Blas describe con minuciosidad, á veces extremada, las escenas de su novela; sus *baturros* son vivos y reales; habita entre ellos, los oye á todas horas, ha hecho especial estudio de los giros de su pintoresco lenguaje, de sus apodos, de sus costumbres; por su novela desfilan los habitantes de Cerrillares, pertenecientes á todas las clases sociales, desde el P. Bernardo, fraile exclaustrado, y las familias de Pérez de Zapata y Verospe, representantes de esa aristocracia lugareña que vive en los pueblos al frente de sus fincas, hasta el *tío Chavo*, mendigo que asistió á *los sitios* de Zaragoza, pasando por Trespés, el comerciante usurero que exprime á los infelices que caen bajo sus pagarés, el *tío Vetos*, el *tío Leoncio* y una caterva de *baturros*, grandes y chicos, de toda especie y catadura; no es fácil dar idea del argumento complicado, que á veces adquiere interés folletinesco, á veces reviste caracteres de sátira jurídica y social: una inclusera (*borda* en Aragón) á quien recoge un labrador, y que á su muerte hereda los escasos bienes del padre adoptivo; el pleito que la familia de éste incoa; la persecución de que la hace objeto Genaro, tipo admirable de señorito de lugar vicioso y desocupado; el matrimonio de la



borda con Juan, un *baturro* de cuerpo y alma enteros, y los mil incidentes que entre estos elementos se desarrollan han dado ocasión á una novela interesantísima, que nos pone de manifiesto un escritor de envidiables y no comunes aptitudes.

Estando en publicación su primera novela, Blas y Ubide ha dado ya á la imprenta la segunda, titulada *El licenciado de Escobar*; cual si deseara probar sus aptitudes, cambiando de escenario, aquí, bajo el novelista, se ve al antiguo profesor: su obra es una novela con *tésis pedagógica*; pinta Juan Blas las vidas paralelas de dos muchachos salidos de las capas más bajas del pueblo: él, hijo de labradores de escaso caudal, sigue sus estudios en la Universidad, se gradúa, intenta colocarse, hace oposiciones á cátedras, y cae al fin vencido en la lucha, consumido en esta brega el escaso caudal de sus padres, que sucumben en la miseria, mientras el flamante doctor, con sus borlas, maestros, libros y ciencia resulta un ser inútil para ganarse el pan; ella, que aparece en la novela replegando *fiemo*, sin ayuda de nadie, por su despejo natural, habilidad y gusto innato, llega á poseer una acreditada tienda de sombreros y vence en la lucha por la existencia: el uno aprendió en libros; la otra en la vida; el resultado es lógico: la enseñanza, como decimos los pedagogos, intuitiva; marca una evolución en el novelista que empezó pintando *baturros*, y ya en su segunda obra aborda problemas de interés general; de desear es que siga escribiendo novelas y formando en la plana mayor de los literatos aragoneses.

El concurso de novelas conyocado por la casa editorial Henrich, de Barcelona, ha revelado otros dos novelistas aragoneses, Mariano Turmo y Rafael Pamplona.

Mariano Turmo fué periodista en Zaragoza, donde dirigió el *Diario Mercantil*, después de seguir la carrera de Derecho; pasó empleado á Filipinas y de allí volvió después

INFO  
de la  
adju  
Mig  
lidad  
Ma  
realic  
rosín  
barg  
méri  
Sa  
goné  
caso  
chac  
al ho  
las f  
ra, p  
con  
de s  
regre  
güe,  
herr  
cons  
titud  
crifi  
una  
triac  
un  
en l  
ra,  
bus  
san  
J  
bien  
esp



de la pérdida del archipiélago; de repente, el fallo del jurado adjudicando el segundo premio del concurso á su novela *Miguelón* publicada en este mes, le ha convertido en actualidad literaria.

*Miguelón* es una novela *baturra* en la que se copia la realidad con tal exactitud, que á muchos ha parecido inverosímil y les ha producido desagradable impresión: sin embargo, en eso precisamente encuentro yo su principal mérito.

Sale de uno de esos pueblos míseros del Somontano aragonés un baturro, hijo mayor y por tanto *heredero* del escaso patrimonio familiar: deja allá su novia, hermosa muchacha, va á Filipinas, y al creerle muerto, su padre trae al hogar paterno al segundón que le sustituye, no sólo en las faenas de la labranza, sino en el lugar de novio de Pilara, pues el padre de ésta, viudo, sin hijos varones, necesita con urgencia de brazos robustos que soporten los trabajos de su propia hacienda; en tal situación, inesperadamente, regresa el infeliz repatriado consumido por la fiebre, exangüe, inútil para el trabajo: su venida suscita odios en su hermano, cariños en su madre y en su novia: los futuros consuegros comprenden que el hijo enfermo no puede sustituir al hijo sano y ante las exigencias de la realidad lo sacrifican brutalmente: el final de la novela deja en el ánimo una impresión penosa: quiere probar sus fuerzas el repatriado tirando al *barrón* como en sus mejores tiempos, y un vómito de sangre corta la vida del desdichado que dejó en Filipinas su roja sangre mezclada con su felicidad futura, en tanto que sus consuegros parten á la villa vecina en busca del notario, para ajustar las capitulaciones del hijo sano con la antigua novia de *Miguelón*.

Junto á estos personajes principales, figuran otros muy bien vistos: el tipo de *Consuerte*, el marido de la maestra, especie de *divo* de menor cuantía, es una figura real, así



como el cura y el alpargatero. Turmo maneja muy bien el castellano, su obra está escrita con soltura y facilidad de antiguo periodista; además, como nativo de Barbastro, conoce los giros y léxico de los *baturros* de esta parte de la provincia de Huesca, rayana con Lérida, y así aparecen hablando en su novela con toda propiedad.

El éxito obtenido debe animarle á continuar escribiendo novelas, pues en ésta su primera obra, demuestra excelentes condiciones de observador y literato.

Cuando el teléfono trajo á la prensa zaragozana la noticia de que Rafael Pamplona había obtenido el tercer premio del concurso Henrich, se produjo un movimiento de estupefacción análogo al que causaría la nueva de que Rodrigo Soriano había cantado misa.

Nadie sospechaba que Pamplona escribiese más que cartas á su familia; hijo de acaudalado comerciante, nacido en Zaragoza, siguió en esta Universidad la carrera de Derecho; ejerció algunos años la abogacía, que hubo de abandonar á causa de su salud prematuramente quebrantada, y comenzó pronto á figurar en la plana mayor del silvelismo aragonés, siendo diputado provincial, concejal y alcalde de Zaragoza; á la vez dedicábase á negocios financieros y vivía la vida tranquila del burgués.

Ni había escrito versos, ni colaborado en periódicos, ni daba conferencias; demostró en la abogacía y en los cargos políticos viveza de espíritu, energía de carácter, habilidad; nadie le juzgaba ni aficionado siquiera á las tareas literarias.

Y sin embargo, ocurría todo lo contrario; obligado por su enfermedad á pasar días y aun temporadas recluso en casa, á permanecer los veranos en balnearios y sanatorios extranjeros, se dedicaba con afán á la lectura de libros y novelas que distrajeran sus forzados ocios; así, poco á poco fué germinando en su mente la idea de escribir lo que veía y puso manos á la empresa calladamente, sin que de ello tuviesen



conocimiento ni sus mas íntimos amigos: el concurso Henrich le ofreció coyuntura para ser juzgado sin quebrantar el anónimo; si fracasaba, á nadie extrañaría, ni á él mismo; si vencía, los juicios agenos le trazarian la futura línea de conducta.

Venció justamente: conozco su novela *Cuartel de inválidos* que acaba de publicarse, y creo que tenemos en Aragón un novelista más, aunque de carácter distinto á todos los anteriores.

*Cuartel de inválidos* es una novela exótica, rara, de corte extranjero: la acción se desarrolla principalmente en el balneario de Lamalou, cerca de Marsella: no hay que buscar allí *tipos baturros* ni casi españoles; franceses, sud-americanos, hasta egipcios, danzan en la obra que está constituida por el diario de una recién casada, para cuyo marido, de alegre vida anterior, es el matrimonio *cuartel de inválidos* según la famosa y conocida frase; una afección medular que aparece en plena luna de miel, da con los recién casados en el balneario y convierte á la esposa en enfermera; las impresiones, los desencantos, las tristezas, la resignación de la protagonista, están fina y delicadamente analizados en la obra; Pamplona es un psicólogo de primer orden, su novela plantea problemas escabrosos, que son muy reales por desgracia; algunos timoratos quizá la juzguen peligrosa, yo la estimo tan saludable y moralizadora que sin empacho la pondría en manos, sobre todo de la gente joven, pues su lectura produce más efectos que cien retóricos sermones de cuaresma. La dificultad que ofrece el pasar casi toda la acción en el reducido espacio de un balneario, la salva Pamplona con descripciones de los alrededores, algunas admirables, y refiriendo con gracia y soltura las conversaciones é incidentes de la vida de los bañistas; hay escenas que producen horror trágico, como aquella en que Mr. Valabré dispara contra su esposa Mari-Blanca y el conde Nisau sor-



prendidos *infraganti*: la novela demuestra actitudes de novelista y de escritor, Pamplona ha pasado de un golpe á la primera fila de los literatos regionales.

Animado por el éxito prepara otras dos novelas, de las que conozco algunos capítulos: una es zaragozana, de la época de la revolución de Septiembre, algo así como un *Episodio nacional* á semejanza de los de Pérez Galdós; la otra, que será sensacional por el asunto, es de *tésis pedagógica* y plantea el problema de la educación de los jóvenes ante el despertar de los instintos naturales en la adolescencia; no tienen título y Pamplona trabaja en ellas con entusiasmo: tenemos pues un novelista más, dispuesto á dar lustre y valor á las letras regionales.

### III

Difícil es siempre tratar de establecer juicios comparativos entre distintos escritores; los novelistas aragoneses además, comienzan ahora su labor, no han publicado el número de obras necesario para fijar definitivamente la personalidad literaria de cada uno; por último, carecen, dentro de la literatura regional, de un maestro á quien seguir, de una escuela cuyas tradiciones hayan de ser continuadas. Mas á pesar de que todo esto contribuye á que se diferencien, creo notar entre ellos algunas semejanzas que acaso pudieran tomarse como notas ó caracteres de la futura escuela aragonesa.

En primer término y sobre toda otra, descuella en todos una nota: copian la realidad tal como es, son naturalistas sin pizca de idealismo: por eso sus novelas resultan á veces desagradables y producen en ocasiones impresión penosa. Turmo, Blas y López Allué presentan tipos repulsivos, y en sus obras los personajes más simpáticos resultan vencidos, sacrificados á las necesidades de la vida, con todas sus



brutalidades y durezas: son la contrafigura de aquellas famosas novelas *por entregas* en las que siempre, al final, aparece la virtud triunfante sobre el vicio: Pereda, que es el novelista á quien más se parecen, pinta montañeses idealizados: creo que el autor de *Sotileza* es más realista en el fondo que en las figuras de sus hermosos cuadros: los aragoneses no; pintan lo que ven, si bueno bueno, si malo malo.

Por lo mismo que son verdaderas, parecen sus novelas tristes; la seriedad de la raza se percibe en ellos; compáreseles con los modernos novelistas andaluces, v. gr., el P. Coloma y Muñoz Pavón, y se percibirá este *dejo* de tristeza; apenas hay chistes ni gracias en los diálogos de sus personajes; Blas, que es el más alegre del grupo, hace brotar la sonrisa presentando tipos ridículos, no por lo que dicen sino por lo que hacen; convienen en esto con la característica del chiste aragonés, que aparece en cuentos, canciones y chascarrillos, ser más bien de acción y de pensamiento, que no de palabra.

En cambio hay extraordinaria fibra y nervio en los tipos; se pliegan ante el influjo de elementos como el *medio social* difíciles de dominar, luchan y forcejean cuando su esfuerzo puede proporcionarles la victoria; de aquí la tensión dramática de sus novelas; y esto aparece en todos; no gustan de retratar tipos blanduchos, gentes apocadas; el país no da abundantes modelos de este género; aquí cada uno tiene un rey en el cuerpo.

Exceptuando Turmo que solo ha publicado una novela, en López Allué, Blas y Pamplona se ve la tendencia á entrar con su segunda obra en lo que pudiéramos llamar el cauce general de la literatura, apartándose del *baturrismo*: toman asuntos generales y aun pudiéramos decir pedagógicos ó educativos, cual si en esta cuestión que más que otras es de interés para España, vieran ellos la base y fundamento



de un progreso y bienestar futuros; por eso fío mucho en esta cohorte aragonesa que penetra en el campo de la novela española; creo que cuando vayan adquiriendo mas práctica, y sientan las nuevas orientaciones literarias con mas intensidad, aun cuando no se despojen por completo del pie forzado del *baturrismo*, necesaria etiqueta para lograr mercado en los comienzos de su producción, escribirán obras de importancia, pues en todos es forzoso reconocer aptitudes de escritores y observadores, y claro es que el conjunto de estos dos requisitos constituye el novelista.

Y ahora perdona, pio lector, estas cuartillas que sirven de presentación á los novelistas de mi tierra y salúdales con cariño, pues son trabajadores laboriosos y honrados que solo aspiran á distraerte con sus obras literarias y al progreso de la patria española.

EDUARDO IBARRA Y RODRÍGUEZ.

Zaragoza, Abril, 1904.

X

## ARTE ANTIGUO

**E**L amor al pasado, es afecto espiritual hondo y misterioso: es manifestación íntima del amor á la vida, del deseo de continuarla traspasando siglos. Hay siempre melancolías en los crepúsculos, y suaves tristezas en los fulgores grises, que precediendo auroras, despiden tinieblas y amortiguan luceros nocturnos.

He pedido con anhelos fervientes á la Hermosura suprema, á la Esencia sobreesencial un rayo de su clarísima lumbre que ilumine mi intelecto en su peregrinación hacia las muchedumbres que fueron.

Quiero penetrar en el secreto de sus monumentos; apoderarme de sus ideas estéticas; sentir sus ansias de belleza;



conocer el por qué de sus triunfos y caídas artísticas; sintetizar la variedad infinita de sus formas; desgarrar los velos de sus iniciaciones mitológicas, y conocer la causa primera de su aspiración constante á la unidad, que es luz y es misterio.

Abro los sagrados libros: «En el principio era el Verbo; en El estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres, me dice el Evangelista del Apocalipsis...»

Humíllase mi espíritu y emprende con los lectores de HELIOS sus jornadas hacia el mundo artístico de las civilizaciones muertas.

El ilustre Gardner publica su historia de Siena. Tiene esta palabra algo de mágico. Al pronunciarla surge una ciudad sombría y parda, como si de la tierra parda brotara entre montículos grises, olivares argentinos y viñedos amarillentos que tiñen á trechos el rojo grisáceo de la campiña. Vense también torres elevadas, puertas resistentes, orgullosos palacios de ladrillos brillantes y monótonos, monasterios góticos rodeados de místicas frondas.

Gardner encuentra fascinadores los lienzos de Pinturiccio, las rosetas ojivales de Palazzo Publico, y los mármoles blanquísimos del Duomo.

No estoy del todo conforme: en el ambiente artístico del Pinturiccio falta verdad y vida, y en los mármoles del Duomo, hay manchas imborrables de sangre.

Siena es para mí un crisol fantástico en que lo ideal y lo real se amalgaman, formando un solo ambiente.

Sus callejuelas estrechas traen añoranzas de encarnizadas luchas de bandos, y las ojivas de sus claustros recuerdan éxtasis de Santa Catalina, y raptos unitivos de San Bernardo.

En Siena todo es pardo, rojizo y lúgubre. Si la blanca del Duomo corta un punto la gris monotonía del cuadro es con impresión de mausoleo, que hace más triste el medioeval conjunto.



Nuestro cónsul en Caiffa, ha obtenido del waly de Damasco autorización para practicar investigaciones en el *Sebastieyh* hebreo. Sus inteligentes trabajos han puesto de manifiesto una cueva monumental que encierra dos grandes sarcófagos de piedra con preciosos altorelieves de carácter asirio.

Se habla entre los arqueólogos bíblicos con gran entusiasmo del hallazgo de nuestro meritorio diplomático. ¿Serán acaso tales sepulcros parte del hipogeo real de los príncipes de Samaria?

Nuestro ministerio de Instrucción pública, por intermedio del de Estado, ha remitido al sabio cónsul, catorce ó quince pesetas (no estoy bien seguro), de las cien anuales con que generosamente protege á nuestros abnegados arqueólogos. Inglaterra por intermedio del «Royal Archeological Institute», ha puesto á la disposición del investigador *las sumas que necesite* para seguir sus trabajos. ¡Vaya por Dios!...

Baessler publica la primera parte del catálogo de las colecciones peruanas del museo de Berlín. Son verdaderamente maravillosas. La unidad de la especie humana, y la íntima relación de las civilizaciones de ambos hemisferios en las lejanías de la prehistoria, surjen cada día más evidentes.

El idolillo de Pachacamac parece tallado por artistas de la segunda ciudad de la Pentápolis de Schlieman. Las cerámicas son de formas perfectamente análogas á las micenas y premicenas de la civilización fenicio-chipriota.

Tenía ha tiempo por incontestables las inmigraciones Arias. Ante la colección Baessler, estoy por creer en las relaciones íntimas de la civilización incásica con los pueblos del mar Egeo. ¿Quién sabe? *The New World is á great mystery*, dijo uno de sus más sabios arqueólogos.



*Campbell Thomsons*, publica la traducción de los textos cuneiformes (60 y 70, Museo Británico), de los escribas de Asurbanipal sobre los «Espíritus malignos en Babilonia.»

El mago evoca el *ekimmu*, de los senos infernales, al borde de las tumbas donde habita, llama al *ahi*, demonio de los lugares desiertos, y conjura el *lira* de las plagas pestíferas.

Las oscuras ceremonias de iniciación de los magos Caldeos, parecen irse esclareciendo con los trabajos de interpretación del sabio asiriólogo británico.

Admírame la semejanza de estos conjuros babilonios, y la repugnante obscenidad de sus símbolos, con las invocaciones gnósticas al infernal dragón de las *abraxas*, que menciona el sabio maestro Menéndez Pelayo en su monumental *Historia de los Heterodoxos*.

El *langoullar* de los magos Caldeos, es temido de profanos por sus infames saturnales vampíricas. Roba niños para sacrificarlos á su odio satánico, como siglos más tarde los sacrificaban las luciferianas sectas de Nápoles, ó los sacerdotes del Huiztlipotchly azteca.

Y en tanto Prescott sigue enterneciendo por esos mundos americanos con sus fabulosas relaciones de la crueldad de Cortés con los magos de Tlascala, y sus lamentaciones á lo Raynal sobre la perdida civilización (!) azteca.

Yo sigo creyendo en Solís, y elevando altares al héroe de epopeya que destruyó los infames Teocallis de Tezcucuo.

*Jane A. Harrisson*, en la *Revista de Estudios Helénicos*, publica un curiosísimo trabajo sobre el canastillo místico de Céres, el *Mystica Venus Iocchi*, de las geórgicas virgilianas. Compara los diversos monumentos y relieves en que



aparece el *liknon*, los misterios de Eleusis de las urnas funerarias, las máscaras Dionisiacas de los bajorelieves arcaicos del museo de Munich, las del Louvre y las cerámicas del Gregoriano.

Jane Harrisson, relaciona este símbolo con el culto Dionisiaco, y deduce la existencia en los tiempos heróicos de algún jugo alcohólico que del grano se extraía, y que acaso Dionisio usaba antes de traer la vid en triunfo á Hellas desde las montañas Tracias.

¿Sería acaso aquel licor barato y despreciado por los ricos, que sumergía en profundo sueño á los esclavos de Aristófanes?

El *Museo Británico* publica este mes cuatro grandes catálogos. Uno referente á las antigüedades de la Edad del bronce; otro clasificando las porcelanas inglesas, y tres importantísimos tomos de las estatuas griegas existentes en sus ricas colecciones.

Este último catálogo, por su excepcional importancia artística, merece capítulo aparte, que acaso le dedique en el próximo número. Entretanto, imitando al sabio cardenal veneciano Navajero, iré quemando en día fijo y mensualmente un ejemplar de las obras de Morayta, en holocausto al buen gusto, y castigo de su abrumadora vulgaridad.

¡Ah!... ¡y aventaré las cenizas!

C. NAVARRO LAMARCA.



## SOCIOLOGÍA

## INDIVIDUALISMO Y SOCIALISMO

## I.

Si fuésemos á citar uno por uno los libros, folletos, artículos de revista y de periódico en que se ha combatido el socialismo en nombre del individualismo, sería cuento de nunca acabar. Decir que el socialismo es la tiranía, la completa negación de la personalidad individual, la subordinación de todas las iniciativas al Estado-Leviatán, al Estado-Megaterio, es ya un tópico en boca de los superhombres al uso. Según éstos, las masas son despreciables; su reinado—el socialismo—sería el imperio de la vulgaridad y de la ramplonería; una sociedad achatada, monótona, uniforme, sin un solo rasgo de individualidad, de originalidad. Geográficamente, el Estado socialista sería una llanura parda, rodeada de pardas montañas simétricas, simétricamente surcada por ríos de aguas ennegrecidas por el carbón, con un horizonte siempre gris. Sobre la parda llanura elevaríanse casas como cuarteles, en que la población viviría en una promiscuidad absoluta; inmensas escuelas, donde se educaría á los hijos comunes; talleres colosales, en que ejércitos de trabajadores, al servicio de máquinas gigantescas, harían todos los días la misma labor; vastas salas de espectáculos, en que el pueblo, después de haber contribuído en la proporción señalada á la producción, regulada uniformemente por la administración central, se recrearía con diversiones anodinas, con pasatiempos ñoños, de una vulgaridad desesperante. Todo el mundo debería consagrarse al trabajo manual, y los poetas huirían con su lira á otra parte; los artistas emigrarían en bandadas; en la llanura parda y monótona



sólo se oiría el canto de la industria niveladora é igualitaria, antiestética...

El socialismo—se ha dicho—pugna con todas las tendencias fundamentales de las sociedades modernas, cada día más individualistas. Se opone á los efectos beneficiosos de la lucha por la vida, favoreciendo el desarrollo de las individualidades inferiores á costa de las superiores. Es contraria á la justicia que, según Spencer, pide que cada cual se atenga á las consecuencias de sus actos. Aspira á suprimir la libre concurrencia, estímulo de todo progreso. El ideal—se concluye—pudiera estar en las fórmulas ultraindividualistas de Stirner y de Nietzsche; nunca en las fórmulas reaccionarias del socialismo, que harían de la ciudad futura el Estado absorbente y monstruoso que soñara Hobbes, el filósofo del despotismo monárquico.

Pero ¿existe efectivamente tal oposición entre el socialismo y el individualismo? ¿Es realmente el socialismo—todo el socialismo—la negación completa de la personalidad individual, la anulación del individuo, la subordinación de todos los fines de éste al Estado-Leviatán, al Estado-Megaterio?

Consideremos un momento el colectivismo puro, la forma de socialismo que cuenta con mayor número de partidarios, sean estos conscientes ó inconscientes. Según ella, todos los instrumentos de producción serían socializados; de propiedad individual pasarían á ser propiedad colectiva. Hasta aquí nada hay, á mi entender, que se oponga al más riguroso y exigente individualismo. Pero el Estado, la colectividad, no sólo sería el único propietario de los medios de trabajo; sería, además, suprimida la libre concurrencia, el regulador supremo de la producción centralizada, el encargado de armonizar la producción y el consumo. La



cosa ya varía. Aquí es donde principalmente se ve el influjo de Hegel en Marx. El Estado colectivista sería el Estado-Dios del gran filósofo *di cámara*, la manifestación suprema de la Idea.

Consideremos ahora la forma de realización del colectivismo, la expropiación violenta mediante una *dictadura* revolucionaria. Tampoco esto es individualismo. El mismo Bernstein, socialista y socialista militante, condena tal procedimiento, el cual sólo se justificaría en una época en que no existieran ni nuestros actuales medios de propaganda ni nuestros regímenes parlamentarios y representativos.

Es, pues, muy dudoso que, con respecto al colectivismo puro, esté en lo cierto Fournière al decir que «la oposición del socialismo y del individualismo pertenece á la categoría de esas generalizaciones metafísicas con que orgullosamente se cubre nuestra ignorancia».

Pero ¿es que no hay más formas de socialismo que el colectivismo puro? ¿Es que no puede haber un socialismo compatible con las tendencias individualistas de las sociedades modernas?

A demostrar lo contrario, y demostrarlo prácticamente, tiende el libro de Eugenio Rignano, *Un socialisme en harmonie avec la doctrine économique libérale*, publicado recientemente por la casa editorial Giard y Brière. Para Rignano, la propiedad individual de los medios de producción es la causa única de la injusticia social. Es, por tanto, preciso hacer que dichos medios pasen á la colectividad. Mas, al mismo tiempo, hay que cuidarse mucho de suprimir la libre concurrencia, de encomendar al Estado funciones que sólo puede realizar el individuo. He aquí el sistema que Rignano preconiza: A la muerte de cada individuo, el Esta-



do se incautaría de una parte de su fortuna; en dicha parte entraría por mucho lo que el tal individuo hubiera adquirido por herencia, por muy poco lo que él personalmente hubiese acumulado; de este modo el estímulo al ahorro, el interés individual se mantendría siempre en el proceso general de la producción. Como quiera que la parte que el Estado se apropiare de cada fortuna adquirida por herencia, sería mayor á medida que aumentase el número de transmisiones, rápidamente se irían socializando todos los medios de trabajo. Una vez conseguido esto, bastaría al Estado la renta que le produjere la tierra, explotada por asociaciones cooperativas, para atender á sus gastos. Serían suprimidos los impuestos, las deudas públicas, etc. La renta de la propiedad urbana socializada sería lo único que el Estado ingresaría en concepto de contribución. Poco á poco se llegaría á la comunidad y gratuidad de todos los instrumentos de producción y capitales en general. La organización de la producción en vista del consumo se fiaría principalmente á la cooperación.

No he de pararme á discutir la posibilidad práctica de la nueva forma de socialismo que acabo de exponer. Será ó no realizable lo que Rignano propone, para el caso es lo mismo. Yo tengo para mí que todo lo que sea salirse del campo fecundísimo de la cooperación es, hoy por hoy, aventurarse en la utopía. Mas, sea de esto lo que quiera, lo que, ciñéndonos á nuestro asunto nos importa ver, es si el sistema que Rignano preconiza se halla ó no en contradicción con el individualismo. A mi juicio, no se opone lo más mínimo á la más exigente de sus fórmulas.

Definido en general, el socialismo es aquel régimen que asegura el completo desenvolvimiento del mayor número posible de individuos. Así entendido, combatirlo en nombre



del individualismo me parece absurdo. Lo que en nombre del individualismo hay que combatir es un régimen en que la mayor parte de los hombres viven como bestias, siendo la menor cantidad de individuos que se puede ser. A menos que por individualismo se entienda el de cuatro sujetos que, en plena indigestión de Nietzsche, se figuran que toda la tierra es poco para contenerlos á ellos, que van para superhombres.

## II

¿Individualistas? ¿Socialistas? ¿Por qué no á la vez individualistas y socialistas? La contraposición del individualismo al socialismo me hace recordar aquella disputa famosa entre nacionalistas y realistas. ¿No será en el fondo tal oposición una nueva cuestión de palabras?

Es cosa corriente decir: los hombres, á quienes ya no preocupa el problema de la forma de gobierno— tal problema no existe en Inglaterra, en Bélgica, en Italia— se dividen hoy en individualistas y socialistas. A un lado los partidarios de la vieja economía liberal, los que, de acuerdo con la célebre fórmula del marqués de Argensón, creen que no se debe gobernar demasiado; á otro los partidarios del Estado Providencia, del Estado Megaterio, del Estado Leviatán. Es la lucha, el conflicto de que Spencer se hace eco en su conocido libro *El individuo contra el Estado*. Se toma del individualismo el sentido en que más enérgicamente se manifiesta como reacción necesaria contra la excesiva reglamentación de la actividad social en la organización corporativa; se toma del socialismo el sentido en que más enérgicamente se contrapone (colectivismo, comunismo) al espíritu de la revolución del 89 (?), como protesta también necesaria contra lo que comunmente se denomina atonismo nunoniano, y se pretende hacer una oposición permanente



de principios, de lo que es quizá una oposición meramente circunstancial, histórica.

Individuo... Sociedad... ¿Dos cosas opuestas? Yo creo que sí. ¿Contrarias, antagónicas? En modo alguno. La doctrina expuesta por Stirner en *El único y su propiedad* me parece, entendida al pie de la letra, fundamentalmente falsa. Mi causa, aun siendo mía, y no de ninguna entelequia, no es puramente mía; es la causa de todos los humanos. En la unión de egoístas con que Stirner aspira á reemplazar el Estado, algo hoy que es común á todos los egoístas, algo que es la causa de todos. El único no existe, no podría existir. El propio Stirner es lo que es gracias á la historia.

El socialismo no es necesariamente colectivismo ni comunismo. És, según Bernstein, la tendencia hacia una sociedad basada en la asociación. Y el fin de la asociación es multiplicar la potencia individual. Fijáos en un movimiento de asociación serio, disciplinado, persistente, verbigracia, en el tradeunionismo inglés. Vedle, reprimidos los últimos desórdenes provocados por la agitación carlista, avanzar sin ruido, lentamente. Es, en cierto modo, un movimiento aristocrático. Los obreros inferiores—*unskilled*—gritan: ¡coacción! ¡tiranía! Pero el movimiento sigue. Y con él el proletario inglés ve elevarse cada día su *standard of life*, hasta llegar á convertirse en un *gentleman*.

La idea fundamental, la idea madre del socialismo es para mí la que bien ó mal expresa esta palabra: *solidaridad*. Y yo veo que la solidaridad aumenta á medida que se desarrolla la personalidad individual. Yo veo al hombre salvaje, desnudo, viviendo al día de los frutos que el azar le depara, imprevisor, siendo la menor cantidad de individuo posible, esclavo de las fuerzas naturales, que juegan con él como las brisas de otoño con las hojas de los árboles; le veo en lucha incesante con sus hermanos, á quienes disputa el alimento ó la hembra. Veo después al hombre civil, en los al-



bores de la cultura, metido dentro de su casta con su estrecho y mezquino concepto del mundo. Y veo, por fin, al hombre, en el esplendor relativo de esta gran civilización occidental, en marcha hacia la plenitud de la conciencia, previsor, económico, igual á sus semejantes ante la ley, afirmando por encima de las fronteras los modernos ideales cosmopolitas, practicando en todas partes y bajo mil diversas formas la solidaridad: la gran idea que hace vibrar los alambres del telégrafo y que la locomotora difunde por toda la tierra y á través de los mares.

¿No es el *homo europeus*—cuya caricatura nos ofrece Bazalgette en su libro *Le probleme de l'avenir latin*—el hombre por excelencia individualista? Es ya un tópico, una verdadera vulgaridad decir que la invasión de los Bárbaros trae á la historia un elemento nuevo: el individualismo. ¿Y no son los pueblos en cuya composición étnica el *homo europeus* predomina—Inglaterra, Alemania,—los países de la cooperación, manifestación la más reflexiva y consciente de la solidaridad?

Tiene razón Posada, el insigne maestro. «Va siendo hora de pensar si individualismo y socialismo no son, como opuestos, más que dos abstracciones, dos ideas que no traducen la realidad positiva.» ¿Colectivismo? Tal como lo expone Schüffle en su *Quintaesencia*, tal como lo entienden y predicán los discípulos de Marx, reminiscencia del pasado incompatible con las tendencias individualistas cada día más acentuadas de las sociedades modernas. Pero, muy probablemente, considerado el problema en toda su generalidad, individualismo y socialismo, dos manifestaciones de una sola idea, la gran idea humana que late en el fondo de todos los movimientos sociales de nuestro tiempo.

ALVARO DE ALBORNOZ.



## FILOSOFÍA

### LA ACCIÓN DE LOS JÓVENES

NUESTRO estudio de moda—¿quién habría de pensarlo?— es la Filosofía. Todos somos filósofos. Nuestra producción mental es más filosófica que artística, multiplicándose por ensalmo las publicaciones serias y las bibliotecas filosóficas. Es más, las mismas bibliotecas de carácter literario se tornan filosóficas á ratos, y entre la dulce novela de D'Annunzio ó la señora Invernizzo se entreveran las páginas de Tolstoi, de Schopenhauer y Nietzsche. Al último libro de versos que publica un entusiasta, contesta un editor de Barcelona, de Valencia ó de Madrid, con una traducción de Ribot, de Büchner ó de Mercier; á esas novelas reducidas, pequeñas, como exige la prisa de nuestra vida, se las eclipsa con dos tomos formidables de cualquier pensador del Norte, traducidos por un soñador de nuestra patria. ¿Es que vamos á pensar? ¿Es que pensamos? Seguramente sí. Acaso hay un terrible deseo, no satisfecho en nosotros por los menguados maestros que hemos tenido.

Uno sólo queda salvado, de cuantos han sido: El autor de este libro pequeño que acabo de cerrar en este instante: Don Francisco Giner. No nos ha dado este maestro de toda la juventud presente una doctrina y una enseñanza suya, acaso porque no ha dispuesto de tiempo, explicando las ajenas, para enseñar las propias. Pero ha despertado esa gran curiosidad, que creando el amor al estudio da á la larga la vida á un deseado que se aguarda.

El libro de Giner, lleno de información, sólo tiene dos notas personales y de ciencia propia: el artículo *La acción*



*moral de la juventud* y el titulado *Dos observaciones sobre el espacio*, ejemplo admirable de sagacidad filosófica, digno del reciente malogrado Renouvier.

Importa, sobre todo, analizar el primero de estos trabajos por entrañar para nosotros mayor poder social, que cuantos otros componen el libro publicado por la *Biblioteca sociológica internacional*. Se vé en él algo que debe verse por todos y que deben conocer nuestros jóvenes acaso mejor que su maestro. «En todos los pueblos civilizados, ó más bien semicivilizados—dice—va comenzando la juventud, y muy en particular la universitaria, á interesarse en los problemas urgentes de la vida social de nuestro tiempo.» Sí; y no sólo en los pueblos más semicivilizados, sino en los menos, en los menos semicivilizados: vamos, más semi que cercanos á la civilización deseada. ¿Por qué? He ahí lo que no contesta el sabio profesor y maestro de tres generaciones. ¿Habrá que decirlo? Al catedrático de la Central seguramente no, pero al público y á los mismos jóvenes es casi de absoluta pertinencia. Tanto fuera de España como en España mismo—aquí sobre todo—, la cátedra, oficial ó privada, la enseñanza, para decirlo de una vez, es la imposición del criterio de un anciano á un joven que ha de vivir en otro medio. Como padres egoístas, fracasados en su vida, los maestros imponen á sus discípulos el amor á una ciencia ó á un problema, que de haber ellos resuelto ó conocido, les habría colocado en mejor puesto. La actualidad, lo que debe vivirse, está fuera de la cátedra, de lo que se enseña en ella. Hay que agruparse al salir de la clase para hablar del asunto que preocupa, hay que trabajar contra lo que se aprende en ella para aprender lo que en la vida interesa. Los problemas políticos actuales, los problemas científicos y estéticos de hoy no conocen á nuestros ancianos. Estos no conocen más que la suya, la de sus días de oro y de conquista. ¡Si hubiesen hecho versos como Becquer! ¡Si hubie-



sen sido médicos ó abogados! ¡Es lo que debemos hacer nosotros, ya que no pudieron hacerlo ellos!

La condición que se impone, así, la juventud de todos los pueblos, es una situación de protesta contra el viejo régimen. Pide la aplicación inmediata de la ciencia y el arte que conoce, inútiles si han de quedar en pasatiempos de gabinete. Ante todo la característica de los jóvenes es la demostración de su yo, de ese yo agarrotado hasta ahora en todas sus manifestaciones, así sociales como fisiológicas. La cuestión es libertarse y emanciparse de la rutina y de los múltiples sacerdotes de la misma, el vulgar, el burgués, el ordenado, el señor de la regla y el compás, mal aplicador por supuesto de la medida y de la prudencia.

«Hay dos modos de huir—dice Giner—uno es «echar melena», esto es, cultivar la extravagancia y la apariencia material, para ver si acaso disimula una vida insignificante y vacía; otro cavar y más cavar, ir tras el fondo hasta dar con las entrañas de las cosas, sin avergonzarse por esto de comer y beber (cuando es posible), de andar con los pies y de ver por los ojos, como el más prosaico burgués del escarnecido gremio de ultramarinos».

Los jóvenes que cavan y trabajan por el suelo moral de la especie, son para Giner esos muchachos que «hacen extensión universitaria», llevando á los humildes y á los pobres la palabra y enseñanza de la ciencia. ¿No llevan más? Si no llevan más hay que maldecirlos, por inútiles y perjudiciales. Tienen que llevar un poco de fuerza para que el público misable y sin ideas les escuche, fuerza orgánica, pan, pan material para los oyentes de las teorías humanitarias y progresivas. Si la acción de los jóvenes no se hace así vale más la peor misión inglesa que entre versículo y versículo de la Biblia sin comentario, propina á sus salvajes oyentes varias botellas de *jin* ó de *wisky*.



Trabaje la juventud, cave el terreno, esponga sus ideas á los pobres, pero deles pan al mismo tiempo, para que al menos si el oyente se duerme escuchando la palabra, se duerma de aburrimiento, pero no de inanición, de hambre horrible. Si no ha de enseñar así, déjese la melena, y al menos embellezca la superficie de las masas con una cabeza hermosa, aunque no tenga ideas.

RAFAEL URBANO.

## TEOSOFÍA Y OCULTISMO

### MÁS ALLÁ DE LA EXPERIENCIA Y DEL ANÁLISIS • • • •

No ha mucho, con motivo de una obra del Dr. Maxwell *Les phenomenes psychiques*, la crítica ha sondeado de nuevo el campo de lo maravilloso. Maxwell, conocido por sus estudios sobre las audiciones coloreadas y sus trabajos sobre los distintos estados de conciencia en los epilépticos, no ha sido tratado un modo hostil. Desde antiguo los estudios de ocultismo fueron desprestigiados por críticas superficiales, por pueriles interrogaciones. Mas lo que antes era absurdo y herético, es hoy perfectamente ortodoxo. Pudiera decirse que á medida que avanza la espititualidad humana, los dogmas se descriticalizan y dulcifican hasta el punto de que los llamados «errores» del pasado, se nos presentan hoy como tales *errores* ó como *verdades modernas* según su ropaje es ó no *el suyo* propio. Se dice en efecto compadeciendo á la edad media que «creía en los endemoniados». Yo aseguro sin embargo, que la edad moderna posee sus endemoniados sin decirlo y practica la magia como las pasadas. Aquellos con-



vulsionarios medievales que sentían un día gravarse sobre ellos la herrumbre de Satanás existen hoy como entonces y nuestros *estigmatizados* que la ciencia fotografía y clasifica no son los únicos seguramente.

Duprat en un estudio de la *Revue philosophique*, así como la crítica inglesa y aun la misma española nos hablan de las conquistas que actualmente vienen realizando «lo psíquico». Duprat, sin embargo, tratando de la obra de Maxwell representa la crítica antigua, la de la duda y la comodidad.

¿Contendrán—pregunta—el ocultismo y la teosofía, como la alquimia medioeval ó el mesmerismo antes de Bernheim y Charcot, gérmenes aprovechables para una ciencia positiva futura?

Ante esta pregunta, que contesta Maxwell en parte afirmativamente, sonrío con dudas Duprat. Maxwell que no es «ni espiritista, ni teósofo, ni ocultista» que «no cree en lo sobrenatural ni en los milagros» (pág. 11) después de haber estudiado seria y experimentalmente en lo posible el ocultismo, termina asegurando que en un futuro, tal vez no lejano, un enviado en cualquier orden de ideas llegue «en el momento oportuno» á unificar toda la hoy dispersa fenomenología oculta, haciendo de su mundo misterioso un campo abierto á investigaciones rigurosamente científicas. Algo en suma de lo que hizo Charcot con las primeras observaciones de los mesmeristas.

La seriedad de la obra de Maxwell obliga á confesar á Duprat que resulta «un testimonio más para añadir á los de Richet, Rochas, Dariex, ó á los de la *Society for psychical researchs* y *Annales de Scienncies psychiques*. Duprat, empero, después de afirmar que Maxwell desecha las explicaciones ultranaturales de los hechos y que su observación de los mismos es completamente escrupulosa, se mantiene en lo que él denomina «la duda provisoria». Esta, hoy, es aún más inexplicable que los sarcasmos antiguos. No se trata



del testimonio de Maxwell, ni de William Crookes, Rusell Wallace, Aksakoff, Zollner, Gibier y todos los que en suma antes de Maxwell estudiaran lo «supernatural» se trata de la observación particular misma. No se puede rechazar la una y los otros.

Williams Crookes, como Maxwell, esclavo de la experimentación, avezado en las comprobaciones del laboratorio, ha estudiado no obstante sin prejuicios estas cuestiones. El investigador de la llamada materia radiante, orgullo de la física actual—en la que preparó el terreno de los Röntgen, Becquerel y modernos investigadores del radium—no ha titubeado en detener su mirada de genio ante las fuerzas inexplicables de la naturaleza. Yo he leído sus trabajos. En ellos se habla de manos luminosas que él mismo vió y palpó; de objetos que se movían por su voluntad ó á pesar de su voluntad; de masas y globos luminosos flotantes; de exteriorizaciones de pensamientos en haces de luz y de «materia»... Y ¿por qué no, todo ello? ¿No afirma el más generalizado materialismo que el pensamiento es una secreción del cerebro? ¿Quién se ha detenido, si esto es cierto, á puntualizar la solidez ó etereidad de esta secreción? En los fenómenos de transmisión de pensamiento que todos conocemos ¿qué otra cosa podría verificarse sino esa transmisión de lo que unos denominan materia simplemente y otros, con más intención acaso, radiaciones de algo ultramaterial y aún ultraetéreo *aún no estudiado*?

Hablando de lo no conocido cabe la desconfianza. Yo aplaudo la que es natural y espontánea pero condeno la sistemática. Me parece un estigma de cretinidad mental. Es además arma de doble filo. En nuestro siglo, el análisis ha librado la más ruda de sus batallas; á través de los senderos de la experimentación ha llegado á las puertas mismas de lo incognoscible y no existe hoy un espíritu elevado que no haya formulado *sus* preguntas. Los dogmas se cristalizaron;



su parte emocional, como su poesía misma comienza á enmudecer para siempre... La ciencia por otra parte dogmática, rígida y seca, no satisface los anhelos que laten en el fondo de los corazones. Estos anhelos son el presentimiento de algo indeterminado, que no ha de ser un credo religioso, ni un paradigma científico, algo vago é indefinido, como el alma moderna, muy grande, muy nuevo y muy lleno de matices... Algo en suma como ese arte del futuro cuyos primeros destellos rompen hoy por distintos lugares la caparazón de los siglos.

Pues bien; esos anhelos y ese ansia infinita que carecteriza á nuestros días, quiera Duprat ó no, quedarán sin solución alguna si nos desviásemos de estas sendas inexploradas de que nos hablan Maxwell y otros en lo científico; Mæterlinck en lo artístico; Emerson y Carlyle en lo filosófico y todos los que en suma representan tendencias á eso desconocido, á eso venidero, y ventieval que ha tanto tiempo esperamos y presentimos. Maxwell en este sentido coopera con lo futuro. Aunque hoy la crítica á lo Duprat aparezca acorazada tras su seguridad *científica* y los cultivadores del ocultismo anatematizados y ridiculizados, el Futuro será de ellos. La edad media quemaba sus hermetistas y astrólogos, que eran sus químicos y astrónomos, á pesar de lo cual nació la química y la astronomía. De igual modo por encima de los obstáculos del presente, del actual ocultismo brotará una ciencia futura de horizontes inmensos, cúspide intelectual de la presente humanidad y para la cual la palabra *pasado* no despertará los odios que despierta hoy, por que será clemente. Sí; tal vez por este rencor que despierta el pasado, el ocultismo, (que como todo producto del espíritu humano ha tenido precedentes) ha sido considerado como absurda regresión hacia tiempos bárbaros é incultos. Sabemos sin embargo que siempre que se habla de ciertas cosas, el pensador enmudece, en tanto que la



chusma se alborota. Yo preguntaría si existe en el hombre algo que pese sobre él más que su pasado y si hay algo por otra parte más real que éste. Concreción, el hombre de concausas y de problemas que se entrelazan hasta lo infinito, no es ni será nunca otra cosa que *estos mismos problemas* transformados, depurados, transmutados, pero siempre los mismos hasta la eternidad...

Nada, pues, del pasado ha muerto en nosotros. Contem-  
nemos *lo anterior* á nosotros en esencia; y *lo posterior* en potencia. Somos el gran Microcosmos hermético. Nuestros sentidos son medios de comunicación para con el universo; medios de comunicación poderosísimos y de una extensión que ni aun podemos concebir actualmente. Aquellos que en lo antiguo conocieron su dominio realizaron el milagro de *prescindir* del espacio. Para ellos como para ciertos sabios de nuestros días la naturaleza reservó sorpresas infinitas...

La evolución humana es lenta sin embargo. Aún hoy vivimos como si no nos hubiésemos movido de nuestro pasado recordable é *histórico*. No hay taumaturgos pero nuestros médicos de la Salpetriere curan con la mirada como Jesús y Simón el Mago ó con la imposición de las manos como los antiguos terapeutas... No hay goetas que destilen el corazón de una virgen en escondido subterráneo, pero los fisiólogos estudian ciertas secreciones glandulares para buscar en ellos la vida... No hay astrólogos que predigan las guerras y la peste, pero los astrónomos encuentran inexplicables relaciones entre esas manchas apenas visibles del sol y las explosiones subterráneas de las minas... No existen alquimistas, pero los sabios persiguen aun el *aurum philosophorum* que hoy se llama la ley de la unidad química... Y si por último el antiguo eremita y el místico han desaparecido nos quedan el artista y el poeta que hoy como siempre recogen la espiritualidad toda de la vida y que



como ciertos contemplativos del Oriente lejano sienten y oran á su modo por los que no saben orar ni sentir. Formule ó no la pereza mental sus dudas, lo desconocido seguirá enviando sus haces de luz y, como siempre, habrá quien, alguna vez en la vida, recibirá su influencia y quien—atávico mental necesite «nacer de nuevo» para percibir el más tenue de sus destellos.

VIRIATO DÍAZ-PÉREZ

Madrid 16 Mayo 1904.

## SÁTIRA SOCIAL

- OBSERVACIONES DE JUAN RUIZ • NOTICIAS BIOGRÁFICAS • EMPIEZA SUS OBSERVACIONES • • • •

JUAN Ruiz—ni pariente ni heredero del Arcipreste famoso—es un ser vulgar. No alardea de rico, con lo cual acredita no ser pobre. No intenta empequeñecer su fortuna, lo que aleja la idea de que sea rico. No habla en el Ateneo; no procura deslumbrar al burgués con sus altivos chambergos, con sus chalecos rameados, con sus corbatas románticas; no toma rapé en tabaqueras de plata ni usa paraguas de seda roja; no es sobrino de ningún noble marqués. No es orador, no es artista, no es filósofo, no es, siquiera, asesino. Ya se ha anticipado que Juan Ruiz, era un hombre eminentemente vulgar.

Gusta del arte, pero ama, sobre todo, la vida. No con impetus de forzador, sino con respetos de amante comedido que sonrío benévolo al notar los melindres y pudibun-



deces con que su amada blasona su doncellez. Juan Ruiz elude avanzar hacia la demostración. Sabe que tras de cada misterio solo hay un desengaño.

Es comprensivo y discreto, le complace leer que hay escritores fáciles á la alegría, que sienten el goce de vivir oyendo la música de los organillos y viendo á las gentes bulliciosas marcharse á la romería cargadas de vino. Pero no pregunta á nadie por qué está triste Pío Baroja. Acaso sea porque no le han premiado ninguna novela.

Juan Ruiz vive en una casa apartada de un barrio apacible con una hermana joven, una criada vieja y un perro canelo y gruñón, que se llama Piti. Un tiempo extrañó al amo el excesivo mal humor del perro. Hasta que á fuerza de observaciones descubrió que le dolían las muelas. Tal vez la tristeza de algunos escritores se encuentre también en razón directa del aumento de dentistas.

Juan Ruiz es muy cortés y mantiene buenas relaciones con la vecindad. Cuantas veces se encuentra en la escalera con la señora del tercero, le pregunta por su loro y cuando encuentra á la del principal se interesa por su nieto, y ambas dicen que Juan es un muchacho excelente y de mucho porvenir.

No es esta la opinión de la portera de la casa, conocida en todo el barrio por la señora Dolores, muy vieja, muy gorda y muy artrítica. A ella, Juan Ruiz le parece un hombre ordinario y le desprecia profundamente. ¿Cuál es la causa? Una pequeña, ínfima... Ya dijo un pensador que las pequeñas causas producen los grandes efectos.

Pues señor, es el caso que desde el nacimiento de nuestro vulgarísimo héroe, se produjo entre sus padres una lamentable excisión, por no haber determinado exactamente cual era su Santo Patrono. Sostenía la madre que lo era San Juan Bautista, mientras el padre afirmaba que San Juan de la Cruz, y esta competencia daba lugar á que todos los 24 de



Noviembre mandara traer el padre un hermoso ramillete que representaba invariablemente un torreón coronado por una bandera; y á que no faltase un 24 de Junio, que la madre de pié desde muy temprano, dejara de meterse en la cocina para preparar los platos de repostería, solemnizadores de la fiesta. Murieron los dos cónyuges sin llegar á un acuerdo; y el buen hijo, igualmente respetuoso con su memoria, decidió no celebrar su Santo, ni el un día, ni el otro, lo que demuestra la fuerza del ingenio humano que, para un solo problema, da hasta cuatro soluciones.

Al mudarse á la nueva casa se olvidó Juan Ruiz de comunicar á su portera este detalle de su vida. Y la señora Dolores, que se sabía de memoria el Santoral, dejó correr sin impaciencia el 8 de Marzo, pero al llegar el 24 de Junio madrugó y se puso en guardia. Vió bajar á la doméstica, olfateó su cesta, al volver de la compra, sin que notara en ella nada de extraordinario. Corrió el día, Juan salió como de costumbre. Ningún amigo vino á visitarle. Y al cerrar por la noche, la señora Dolores murmuró con paciencia.—Será otro San Juan.—Aún no había mordido su pecho la desconfianza.

Ya cuando el 24 de Noviembre pasó, lento y monótono, sin la lluvia de calderilla con que la vieja danaide pensaba llenar su botella, la portera sintió nacer en su corazón afectuoso, una rabia, no muda, porque la desahogó con la señora Bernarda, la verdulera, un odio inextinguible hacia aquel hereje que no celebraba su Santo. Y cambió su hasta cierto punto amable,—buenos días, señorito—por un seco y rotundo—vaya usted con Dios—que amargaba la existencia de Juan Ruiz y lo hacía acercarse con cierta indecisión á la portería.

Fué un día de Mayo, cálido y tormentoso. Juan Ruiz que vió las gentes soñolientas de su barrio echarse á la calle en



inusitada actividad, salió también, y entre niñas endomin-gadas y mamás que se movían penosamente bajo la tortura del corsé, avanzó hacia el centro, y siguiendo la corriente, llegó al Prado.

Allí, sobre los coches formados en línea, las mujeres, vestidas de claro, erguían sus bustos gentiles, moviendo sin cesar sus cabecitas inquietas, tocadas con enormes sombreros floridos. Oyose un clamoreo...—Ya viene, ya viene.—Las amplias mangas se agitaron como alas de gaviota, volaron flores, impulsadas por las manos nerviosas y un instante Juan Ruiz atisbó un rostro pálido, imberbe, contraído por sonrisa forzada. Las mujeres, orgullosas de su obra, delirantes, se movían, gritaban, izaban sus pañuelos, hacían comentarios—¡Qué guapo!—¡Qué esbelto!—¡Qué resistencia tiene!—¡Qué lástima que sea rey!—suspiraba otra. Pero sus ojos áridos revelaban que no consideraría la corona como un obstáculo insuperable...

Juan Ruiz se acordó entonces de una tiple. Esta asociación de ideas no es irrespetuosa. A Juan Ruiz—que no ha determinado aún su criterio político—le es más simpático el rey que Salmerón, porque es menos solemne. Además, las tiples, en España, son también instituciones. Pues se acordó de una tiple rubia, guapa, contorneada deliciosamente, que años ha, cantaba—muy mal, por cierto—y se desvestía en un escenario de Madrid. Era la favorita del público, que la iba siempre á ver á ella, nunca á las funciones, lo cual habla bastante en favor del público. Pero héte aquí que á la tiple le dió la desafortunada idea de casarse. Y se casó. Entonces sus admiradores, celosos y molestos, le volvieron la espalda. El teatro quedó vacío. Y la favorita tuvo que marcharse, y hoy languidece por provincias en triste éxodo.

Tal vez iba Juan Ruíz á filosofar sobre las consecuencias de este recuerdo, cuando cortó felizmente el frágil hilo de sus reflexiones, un amigo que primero, al verle, intentó



huir y luego se le acercó, disculpándose de encontrarse allí.—Ya vé usted, yo no hubiese venido, pero mi mujer se empeñó y por no dejarla sola...

Era el que se sinceraba, un terrible republicano, furibundo despotricador en los mitins. Mirando antes en torno por si le podía oír su mujer, exhaló su despecho en frases terribles.—Haga usted nada por este pueblo, que ya ni se acuerda de la pérdida de las colonias. Este es un pueblo sin memoria y sin voluntad, un pueblo de eunucos, como dice Costa. Pronto estarán aquí los ingleses y yo seré el primero que me alegre.

Juan Ruiz temeroso de que le vieran con aquel implacable demoledor, despidióse pronto de él.—No le acompaño á usted—le dijo el otro—porque voy á ver si encuentro á mi mujer.—Y luego, con voz profética:—Esto se vá, amigo Ruiz.

De vuelta á su casa, observaba nuestro vulgarísimo amigo los cafés, repletos de hombres, raza cansada y perezosa que se encuentra á gusto chismorreando en aquella atmósfera enervante, como las concubinas en el harem. En tanto las mujeres, calculadoras y activas, cruzaban, yendo á sus negocios, buscando hábilmente los medios de satisfacer sus más costosos caprichos.

Llegó á su portal, y las piernas le temblaron. Majestuosa, apocalíptica, la señora Dolores, sentada á un lado, se limpiaba los dientes con un palillo.

—Buenos días—aventuró con timidez Juan Ruiz al pasar por delante. Ella suspendió la operación, dejando el palillo, con gesto amenazador, en el aire, á dos centímetros de la boca; le miró, sonriendo sarcásticamente, y por fin, en tono de aplastante desdén, decidióse á contestar:

—Vaya usted con Dios.



Toda la ayuda de Él necesitó Juan Ruiz para subir la escalera. Llamó. El perro, dentro, ladraba furiosamente. Y la criada vieja le abrió, gruñendo, porque el almuerzo se pasaba.

Mientras comían, su hermana le anunció que aquella tarde tenía que acompañarla á visitas. Sentía él deseos de rebelarse. Pero para ello tendría que sostener una batalla. Y la calma tibia de aquel comedor, al que subía el aroma de las acacias floridas, ahuyentaba todo espíritu de lucha.

Luego de almorzar, fumando al balcón un cigarrillo, en tanto su hermana se vestía, Juan Ruiz pensaba que la vida es agradable y cómoda. Más cómoda desde que las mujeres han reemplazado en la acción á los hombres. Porque si Lady Macbeth hubiese terminado sola el negocio de Banco, Macbeth, feliz y tranquila en su trono, no habría sentido perturbadas las digestiones por la sombra de su rival.

RAFAEL LEYDA.

## LA MÚSICA

LA Sociedad Filarmónica Madrileña coronó su tercera campaña con siete sesiones, en las cuales los Sres. Hoffmann, Suck, Nebdal y Vihan, han seguido el desarrollo histórico del cuarteto desde Bach (hijo) hasta nuestros días.

El cuarteto Tchèque es el mejor que hoy existe. Los cuatro artistas que lo componen son de esos hombres concienzudos y geniales que saben obtener todo el partido posible de las excepcionales condiciones con que nacieron. Su unidad y armonía son tan completas, que si no se les estuviera viendo parecerían un solo hombre y un alma sola. Briosos, varoniles y enérgicos interpretando á Beethoven; puros, co-



rrectos y clásicos con Bach y con Haydn; delicados y tiernos con Mozart y Schubert; elegantes y graciosos con Mendelssohn; matizadores exquisitos y sutiles psicólogos con Schumann, toda la gamma musical y pasional es por ellos recorrida victoriosamente. Su flexibilidad es tan maravillosa como su fuerza; su voluntad tanto como sus intuiciones.

Dejo á un lado en esta breve nota lo que atañe á los autores ya inmortalizados y consagrados y á escuelas tales como la Alemana, Noruega, Rusa, Francesa (con la excepción que luego haré) y Théque, ya formadas por completo ó en vías de una formación rápida y feliz, y me ocuparé solamente de tres nombres: Sgambatti, Vincent d'Indy y nuestro compatriota Chapí.

Sgambatti es uno de los escasísimos representantes con que cuenta la música *di cámara* en Italia. Es un músico culto, inspirado y elegante, pero yo no se por qué se me figuraba sentir bajo los ritmos y las ideas de su cuarteto, los latidos sentimentales y dramáticos de la ópera italiana. Los países meridionales no pueden crear sino muy raras veces y como excepción, cerebros abstractos é idealistas desligados, casi, de la forma y del color. Si á esto se añade el que Italia tiene una tradición fecunda y gloriosa (aunque entre el oro haya tanto oropel) de ópera y apenas ha poseído, en cambio, representantes elevados de música subjetiva en su forma instrumental, fácil será el comprender por qué un artista tan fino y culto como Sgambatti no ha podido evitar las influencias del medio social y físico y de la tradición en cuya atmósfera ha tenido que respirar. Su cuarteto tiene color, pasión é ideas inspiradas, pero no abre á los espíritus educados en el culto á Beethoven, Schumann y Schubert, aquellos horizontes amplios y misteriosos, patria única del verdadero soñador.

Vincent d'Indy, ya algo conocido de los aficionados por haber dirigido unos conciertos en el Real, es hoy el repre-



sentante de ese movimiento musical, parisién más que francés, llamado modernista. Su cuarteto, ejecutado por los Tchéques, es, aparte de ciertos momentos inspirados, artificioso y enervante. Cuando el arte se refina tanto, pierde vida y energía y decae necesariamente. Los términos de la creación artística se invierten. Ya no es el sentimiento espontáneo y natural el que crea su técnica para exteriorizarse, sino ésta la que perfeccionada por el trabajo y una gran cultura, crea sentimientos afectados. El artista escribe entonces sin parar mientes en las proporciones de su obra, simplificando, estirando y retorciendo sus ideas como un avaro voluptuoso é imaginativo, cuenta y recuenta su dinero y su obra ha de resultar, por fuerza, larga y pesada. Solo el genio tiene el privilegio de ser sin casi pretenderlo, sincero, original y proporcionado.

El Sr. Chapí que ya el año pasado escribió un cuarteto para el que dirigía el Sr. Francés en la Comedia, ha escrito otro para los Tchéques. Tenía el del pasado año dos tiempos inspirados y en todo él campeaban esa facilidad, ese color y esa frescura, que su autor suele poner en cuanto escribe. Pero respecto á profundidad y alteza de ideas no podían tributársele los mismos elogios. El de este año es, á mi juicio, más endeble. Solo el primer tiempo tiene inspiración y color; los demás son fríos, huecos y desdibujados hasta el punto de hacer pensar en que el autor los ha escrito de mala gana, después del primero, para *componer* un cuarteto. Han sido una lamentable equivocación.

El Sr. Chapí, tan conocedor de su técnica y de los efectos de ella sobre el público, ha perdido en esta ocasión la brújula, como suele decirse, y ha sido, acaso, cogido en sus propias redes. Lo cual demuestra una vez más cómo el artista más habil se equivoca y cómo solamente el que posee un alma rica de pasión y de ideas y se deja llevar por su intuición amplia y libre, acierta.



Y sin embargo ¡cuán simpáticos son estos empeños del autor de *La Bruja*, como los del Sr. Bretón y otros músicos españoles! Esta tierra de pintores, hállese huérfana de grandes músicos. Allá en las cálidas y fértiles llanuras andaluzas; en los verdes y pintorescos valles de Galicia, Asturias y las Vascongadas; en las montañas leonesas, navarras y catalanas; en las huertas de la Rioja, de Aragón, de Valencia y de Murcia; y hasta en las áridas mesetas de ambas Castillas, viven con vida instintiva y robusta, una muchedumbre de hermosísimos cantos populares, pidiendo un cerebro reflexivo y sintético, un genio de primer orden, en una palabra, que las reuna y condense y forme con ellas una serie de obras armónicas y completas, llenas de calor nacional, originales y características, base y fundamento indestructibles de una escuela musical española. Ahí está la primera materia, pero ¿dónde el artista?

MANUEL DE PALACIOS OLMEDO.

NOTA. Por fallecimiento del ilustre músico Dvorak, suegro del Sr. Suck, tuvo éste que ausentarse siendo sustituido en los tres últimos conciertos por el Sr. Benedictus, el cual, aunque hubo de encargarse sin preparación alguna, de dicho difícil cometido, demostró ser un artista digno del cuarteto Tchèque con lo que está hecho su elogio.

M. DE P. O.



## LOS PERIÓDICOS

## SOMBRA

Es preciso combatir sin descanso hasta con la fuerza de las armas á la reacción...—*Un periódico «avanzado».*

Luchemos con todos los medios, que todos son lícitos, contra la furia de la demagogia.—*Un periódico «reaccionario».*

**T**al el dúo de siempre. Tales los fantasmas que desde uno y otro campo se ven, según el que elijáis, según el cristal con que miréis.

Y, sin embargo, es sabido que si estamos capacitados para ponernos en el centro y para ver con nuestros ojos observaremos que la diferencia de visiones queda reducida al color de los cristales, y que el fondo de ambos bandos es común, porque no hay en él más que un solo fanatismo, un mismo girón de sombra.

...Yo se la historia de ese mal, del mal de sombra, y sé que lo padece una gran parte de la humanidad desde el mismo día en que nació la luz.

El sol—dice esa historia—artista antes que dios, á trueque de morir cien veces, quiso nacer otras tantas, por gozar en cada una la alegría de su amanecer y el dolor de su agonizar, dolor augusto por venir tras del triunfo insuperable del meridiano. Pero el destino del sol es lucir sobre el mundo, y el de la Verdad, que nació con él, alumbrar á la humanidad, y la Verdad no quiso morir sino con ésta y prefirió retardar la hora trágica, aún á costa de retardar su triunfo.



Y he aquí que el sol ha tenido cien y cien ocasos y la Idea—madre está aún en su primer alborada, y que mientras los seres y cosas del mundo surgen todos los días de la sombra vestidos de luz, la Verdad tiene todavía á la inmensa mayoría de las almas bajo las tinieblas de la primera noche.

A mí una vez más—ha sido en mi estudio: el balcón entornado, el sol poniendo filetes de oro en los listones de las persianas y yo medio tumbado en un mueble, con los ojos también entornados—me ha recordado esta peregrina historia el pobre lirismo de esos periódicos, lirismo negro de secretarios, y oyéndole he entrevisto de nuevo, evocado por ellos, con su música monótona, todo el mundo del error, el país bordado de luz en que habitan las sombras.

Parad un poco la atención en los que se agrupan y gritan alrededor de la bandera que tremola uno de esos partidos, y luego fijáos en sus enemigos. Os dicen aquéllos que son las avanzadas del progreso y no suelen hallar mejor manera de demostrarlo que la de negar el pan y el agua á los otros. Se reputan éstos, los reaccionarios, guardadores del orden y creen sinceramente que lo defienden cuando atacan á los contrarios. Rayo de sol que cae sobre ciegos. Adoran los unos el progreso y no logran ser cultos; adoran los otros el orden y no consiguen ser serenos. Y es que todos sienten el calor, pero ninguno ve la luz.

Así todos los enfermos de ese mal, que en política se manifiesta de estas suertes y que, en lo que no es política, se revela en otras formas.

En esos mismos periódicos suena todos los días la nota macabra de los amantes suicidas; dos rosas rojas, que, careciendo de luz en pleno sol, pretenden florecer en los jardines secos de ultratumba. La idea del amor, que es vida—placer y ensueño—trocándose á través, de la sombra que



halla en el alma de los que la reciben, en tristeza y en sacrificios, que es muerte.

Y si repasáis la historia encontraréis millares de insignes, de gloriosos atacados de la misma enfermedad: existencias que á luz de la verdad hubieran refulgido como astros y que en medio de las tinieblas trabajaron para el error. Así, entre muchos, los héroes y, como los héroes, los místicos, los santos. Cual los suicidas tuvieron éstos potencia para vivir y fueron ineptos para la vida. La fuerza de los unos degenera en valor; la sensibilidad de los otros degenera en cobardía. El valor, que es ostentoso, pide mostrarse y matando y muriendo cobra nombre de heroísmo; la cobardía se convierte en renunciamiento de la vida por temor á la muerte, en desprecio á los goces de la realidad y en culto á lo desconocido, un culto que es adulación con que se trata de desarmarle...

Y he aquí que éstos, y aquéllos y todos van dejando su rastro, y con ellos nace el deber y nace la moral y nace el honor, y todos los fantasmas que tiranizan á la libertad. Y el deber construye á las almas un solo camino, y la moral pone en el camino los rieles para que su andar sea más recto y el honor las encierra en un camarote. Y así cruzan la distancia que media entre la vida y la muerte, viendo desde el vehículo el paisaje libre, pero sin gozar de él.

¡Una vida transparente, con transparencia de flor que crece al sol! He ahí la que la humanidad disfrutará cuando la Verdad llegue al meridiano, cuando todos recibamos la luz directamente sobre nuestro ser. Sin sombras que los nublen serán ese día el progreso amor que junte á todos los hombres, el orden paz, el amor dicha, la fuerza contento, el sentimiento bien. Y muertos el deber, la moral y el honor surgirá el impulso libre, y cada espíritu tendrá sus leyes y su forma propias.



Caerán además todos los pequeños ideales, y así la existencia podrá entrar en pleno ideal, en la región donde se viven todas las ideas y todos los ensueños, porque entonces veremos que todo eso está contenido en la vida y en ella se encuentra cuando, en lugar de ir á buscarlo á otra parte, lo busca uno en sí mismo.

...Antes he dicho que yo sé la historia del mal que padece la humanidad, y ahora digo que no creo en la eficacia de ningún remedio.

No quiero hablar de la fuerza, con que mutuamente se amenazan los fanatismos de esos dos bandos. Ni siquiera creo en la propaganda de las ideas, aunque la hiciesen contra ambos, en nombre de la paz, sin la que no es posible el bien que unos y otros anhelan, los que están capacitados para ponerse en el centro y ver con sus ojos. Esas ideas serían, lo más, como una luz encendida en la sombra, no la *Luz*. Y como el claror resultaría artificial los efectos también lo serían, y no se habría conseguido más que dar un nuevo matiz al error.

El mal en sus causas es irremediable. Se nace con el alma en sombra, ó con el alma cubierta de luz según llegue, ó no, hasta ellas el rayo de la Verdad. Por eso hay muchos seres que sin haber recibido predicación alguna son moralmente como fragmentos de aurora con envoltura de cristal—lozanía, diafanidad y belleza. Y por eso hay muchos también que, aún habiendo recibido sangre de ideas, hasta cuando andan y cuando os hablan parecen fantasmas, y cuando os abren su pecho os dan olor á cosa lóbrega.

Yo creo verlo desde mi estudio, entornados el balcón y los ojos... Estamos en la alborada de la Verdad: hay valles en sombra y montañas que refulgen. Inútil es pretender que



todo resplandezca. Eso no ocurrirá hasta que la Verdad llegue por su natural impulso al meridiano. Entonces gozarán las almas la realidad de luz, de colores y de armonía que gozan las flores bajo el sol de mediodía. Será éste un bello espectáculo: la humanidad bajo el triunfo de la Idea... Pero sólo durará un instante. La Verdad seguirá su camino, y, de igual modo que ahora la luz vence á la sombra, la sombra vencerá á la luz, y ésta irá poco á poco declinando hasta su ocaso, y los postreros lugares iluminados se teñirán de rojo con toda la magnificencia del crepúsculo, y, al fin la tierra se ennegrecerá toda, y los últimos resplandores volverán á su refugio de lo alto. Y entonces será acabado el único día de la Verdad, y dará comienzo la noche, la segunda y última noche de la nada, otra vez el caos.

Siga, entre tanto, la lucha secular de los fanáticos. Su destino está trazado en el tiempo; vencerán los unos, caerán los otros; pero todos continuarán en la sombra, porque la llevan dentro.

Descansen los otros, los afortunados, en los amables brazos de la Verdad; pero no intenten combatir el error, sean cuales fueren las formas que tome. Solo conseguirían quitarle belleza.

Lo mejor es que se reduzcan á ver el espectáculo como se contempla un paisaje y si posible les fuera, extenderse á gozarle estéticamente, bien prevenidos contra los efectos del mismo, siempre funestos.--Todo en la vida tiene su belleza: el error y la verdad, la sombra y la luz. ¡Dichoso el que la goza toda, porque es el único que vive por entero!

. . . . .

El dúo de esos periódicos que chillan, el uno contra la reacción, y el otro contra la demagogia es una música vie-



ja, que se está tocando desde que el mundo es mundo, sin otra variación que la del instrumento, constantemente perfeccionado al través de las edades por los sabios inventores.

Oyéndola me he ido muy lejos... Pero no podía sino divagar sobre el origen de la sombra al son monótono de este pugilato lírico. Una el que quiera su voz á la de uno ú otro bando. A mí no me está permitido: yo soy un enamorado de la luz...

J. RUIZ-CASTILLO.

## PINTURA

DANIEL URRABIETA VIERGE

**T**OMAMOS en la gare de St. Lazare billetes para Auteill, allí bajamos, y yendo á la derecha en dirección al Parc du Prince, llegamos pronto al final de la calle de Gutenberg; allí, en el número 29, vivía Daniel Urrabieta Vierge, el gran dibujante español. Llenos de emoción llamamos; entreabrióse con cautela una ventana; apareció luego, más allá de la verja, saliendo de la casa, una muchacha joven; abrió, nos dijo que el Sr. Vierge estaba en su estudio, y nos acompañó á él. Llegamos, después de atravesar el jardín. Era el estudio espacioso; pero estaba desierto; ni un caballete, ni siquiera un cuadro; únicamente armarios grandes, unos con libros y otros con estampas, una gran mesa en medio, un cochecito de niño, un caballo de juguete, un maniquí cubierto con un trapo casi apolillado y un esqueleto con chambergo y pipa, comenzaron á darnos indicios de que era aquella la mansión de un artista, padre, por lo menos, de dos chi-



quillos. Por la izquierda penetraba la luz, y no procedía de ventana ó balcón, sino de una como ampliación de la estancia, más pequeña, como un estudio mediano, la cual recibía luz central y era á modo de estufa ó invernadero, con muros de ladrillo. En el fondo de este segundo estudio había una gran mesa rebosante de libros, papeles, cacharros en desórden y un vestuario de trajes antiguos.

De junto á la mesa se levantó un hombre fornido y hermoso, de unos cuarenta años, con barba puntiaguda, cara tostada y ojos azules, que chispeaban bajo el ala de un sombrero blando y viejo, color de café. Llevaba blusa de dril, manchada de tinta, como la de un obrero impresor. Tenía las manos abotargadas y moradas. Sosteniéndose con la izquierda en un garrote tosco y rudo, se levantó con gran trabajo.

Bajo aquella triste apariencia se presentó á nosotros Daniel Vierge, brasa de inteligencia é inspiración. Visto en la calle lo hubiéramos tomado por un pobre obrero. A los pocos pasos que dió, trocada su mirada de recelosa en satisfecha, animado alegremente á la vista de un amigo, extendió los brazos como para abrazarnos, y dijo:—¡Oh, la lá!—y luego:—¿Mais?

Pocas palabras más acertaron á pronunciar sus labios... y sin embargo, nuestra conversación fué larga, interesante é instructiva.

La hemiplegia que á los 28 años le paralizó el lado derecho, le hizo perder casi por completo la facultad de expresión.

Olvidó cómo se lee, y cuantas veces intentó aprender de nuevo, tuvo que renunciar á ello. Contaba por los dedos las letras del abecedario — esto lo supe después por un su amigo — pero al llegar á la letra cuarta, inicial de su nombre, nunca pudo llegar á conocerla.

Conservaba, en cambio, perfecta memoria de los números, contaba sin dificultad algunos; su memoria musical era



prodigiosa, y sobre todas era incomparable su memoria gráfica.

Trabajaba aquel día en un admirable dibujo—los pastores coronados de follaje que asisten al entierro del pastor Crisóstomo.—Evocado por esta remembranza del *Quijote*, suscitose el recuerdo de un viaje que Vierge había hecho al Toboso con el amigo que me acompañaba.

—Sí—dijo él—el carro.

—¿Qué carro?,—preguntaba mi amigo.

—El carro, el carro—insistía Vierge. Y como no llegasen á entenderse, tomó el lápiz y trazó, dibujándola, la escena entera que quería hacer recordar á su acompañante, su llegada al Toboso: del lápiz mágico fueron brotando cosas y tipos con minuciosidad maravillosa y estupendo detalle: era preciso ver aquellos trazos para convencerse de su poder admirable de observación y retentiva. Cuanto pueda decirse es poco para narrar aquel prodigio.

En cambio ¡qué pobreza de palabras! Algunos sustantivos, muy pocos adjetivos, constituían todo su caudal de expresión; y de éstas, unas francesas y otras españolas.

Para demostrar admiración, decía invariablemente:—*Mais chic*;—para indicar desprecio:—*Mauvais*.—*Cantidad y rien* eran sus únicos términos para indicar número de objetos ó intensidad de sentimientos:—*Bruto cantidad*—decía hablando de alguien cuyo trabajo no le satisfacía. Lo falso, lo inútil, lo amanerado, lo insincero, era para él sencilla é indistintamente *mauvais*; la veracidad en arte, lo vívido, *chic*.

Quiso pedir á nuestro amigo que le prestase un traje de hombre de la época de Goya; no acertaba á decir más que *costume*, y como no llegásemos á comprenderle cantó la salida de Fígaro en el *Barbero*, y mostró luego el libro de Beaumarchais que había de ilustrar. Para expresar en qué momento del *Quijote* ocurrió la aventura de su atropellamiento por los toros cantó la jota aragonesa.



Así vivía el pobre Vierge, sin poder ni leer, oyendo bien ó mal lo que otros le decían, y así, trabajando con la mano izquierda, ha producido tantas maravillas que enriquecen el mundo del arte y que son admiración de todos los artistas. En el extranjero todo el mundo le admira; sólo España, que él tanto amó, le desconoce, y bien pocos son los que saben que ha existido este su compatriota genial; apenas la prensa ha dado noticia de cómo pasó por el mundo.

A los editores del *Don Pablos de Segovia* les prestó únicamente sus originales, no queriendo ceder la propiedad de ellos por el deseo de verlos algún día publicados con el texto español; hoy se les ha propuesto publicarlos á dos librerías de España..., y no han visto en ello negocio; así los admirables dibujos de Vierge ilustran *El gran tacaño*, en inglés y no en español.

Una casa norteamericana encargóle las ilustraciones del *Quijote*. Afortunadamente, después de diez años de labor incesante, ha podido terminar este trabajo antes de que la muerte haya cortado el hilo de su vida.

EDMUNDO ABEL.



# LETRAS DE AMÉRICA

R. BLANCO FOMBONA • •  
• PEQUEÑA ÓPERA LÍRICA

## EL BESO DEL REY DON CARLOS

*Charles II fut pris à son tour de cette envie funéraire. Il voulut, avant de mourir, visiter ses ancêtres morts. Peut-être l'idée de revoir Marie-Louise le poussait-elle à cette lugubre entrevue; peut-être une voix secrète lui donnait-elle le conseil que reçut de ses amis le poète Ebn Zaïat: «Mes compagnons me disaient que mes chagrins s'adoucirait un peu, si je visitais le sépulcre de ma bien-aimée.»*

PAUL DE SAINT-VICTOR.

*(La Cour d'Espagne sous Charles II.)*

### I

*El rey Carlos segundo, nieto de Carlos quinto,  
no es un rey de poema, que la espada en el cinto  
y en los ojos la audacia, recuerde al heredero  
de las aves de presa que enjauló el Romancero.  
Es la pálida larva, el medroso fantasma,  
el imbécil augusto que de todo se pasma.  
Lo devora la escrófula. Su triste corazón  
si exulta es por las piras que alzó la Inquisición.*



## II

¿Dónde está la frescura, dónde está la fragancia,  
del lirio de Versalles, de la rosa de Francia,  
que perfumó la vida del rey? La reina en flor  
iluminó esa noche con un rayo de amor,  
y á un sorbo de perfidia mustió la cantarela  
la flor. El rey persigue la nacarada estela  
de un sueño interrumpido... ¿Y perdió la razón?  
Perdió lo que tenía: su triste corazón.

## III

Avejentado, enfermo, va el rey Carlos segundo  
al Escorial. Visita, monarca moribundo,  
á los monarcas muertos. Se descubren las cajas  
y aparecen los reyes en sus regias mortajas:  
Carlos de Gante, el cóndor; y Felipe el hermético,  
aureolado de crímenes y el semblante de ascético;  
y el tercero Felipe, á quien la brisa loca  
arranca las orejas, la nariz y la boca.

## IV

El rey Carlos, en éxtasis, de la ceniza el vuelo  
miró. Volaba en polvo la cara de su abuelo.  
Después imprime un ósculo de respeto filial  
en la diestra materna... Luego surge, ideal,  
la esposa. Y el demente se transfigura, llora,  
y al ver á su adorada, rubia como la aurora,  
se abalanza á la muerta, en un rapto de amor,  
y en los ojos la besa y en la boca de flor.

(Los idilios).



## EL SUEÑO DEL AGUA

*El agua se torna risueña  
al beso de un aura de amor,  
y rompe en espumas, y sueña:  
galanas praderas en flor;*

*El castaño y el chopo floridos  
al beso amoroso de abril,  
y llenos de cantos y nidos;  
el sol en el campo gentil;*

*Y amante pareja: la niña  
más rubia que espiga de mies,  
luz, flor de la amena campiña,—  
el mozo, un D. Juan holandés;*

*La verde llanura; el molino;  
los bueyes, cansados de arar;  
y en las ancas de un potro argentino  
un ave que rompe á cantar.*

*El agua en el tiempo de frío  
apura su copa de hiel,  
y sueña un paisaje de estío  
del gran Salomón Ruysdael.*

*(Canciones de Holanda).*

## LAS JOYAS DE MARGARITA

*Es una tarde. Es el remoto  
místico tiempo medioeval.  
Es el lejano tiempo ignoto,  
el tiempo místico y feudal.*



*Es una tarde. Es la bendita  
patria de Gretchen, donde amor  
puso á los pies de Margarita  
una leyenda siempre en flor.*

*Es una tarde. Misteriosas  
penumbras llenan la mansión.  
Se oye el acento de las cosas  
en un lenguaje de ilusión.*

*Dice un galán reclinatorio  
de terciopelo carmesí:  
—»¿Cuándo vendrás al oratorio  
á arrodillarte sobre mí?»*

*La mano blanca y lisonjera  
reclama el huso danzarín;  
y el lecho, la amplia cabellera  
y las caderas de jazmín.*

*Y surgen voces tremulantes  
y cristalinas de un arcón:  
es el cantar de los diamantes,  
es de las prendas la canción.*

*Gimen las joyas: las pulseras,  
collar, anillo y áurea cruz,  
en rojo estuche prisioneras  
y desterradas de la luz.*

*—Vierta mi sangre generosa,  
clama el rubí, no puedo ver  
la amada tinta de la rosa,  
bocas ni senos de mujer.*

*Bello zafir se descolora  
triste y anémico al soñar,  
una visión azul de aurora,  
una visión azul de mar.*



*Y los diamantes de aguas puras  
lloran sus lágrimas de amor,  
porque no besan las blancuras  
de un perfumado seno en flor.*

*Y más los dijes deslumbrantes  
tiemblan y sufren, al pensar,  
que se deslizan los instantes  
y Margarita va á llegar.*

*—No tornes, blanca Margarita,  
murmura cálido zafir;  
ni del dolor de esta maldita  
sombra, nos pienses redimir.*

*—No tornes, blanca Margarita,  
repite fúlgido rubí;  
cómplices venos de maldita  
liga del diablo contra ti!*

*—No tornes, blanca Margarita.  
gime un diamante brillador;  
mi luz de encanto es la maldita,  
é infausta aurora de tu amor,*

*¡Oh, epifania!... En los umbrales  
blanca figura mueve el pie;  
y de su boca los corales  
cantan el canto de Thulé.*

*Y Margarita, lo primero,  
corre al estuche seductor;  
sin olvidar al caballero  
que al verla dijo algo de amor.*

*(Los idilios.)*



## LOS LIBROS

RAMÓN PÉREZ DE AYALA •

• • LA PAZ DEL SENDERO

MADRID, 1904 • • • • •

LA hermosa y noble tierra de Asturias ha dictado á uno de sus hijos un libro como ella: sereno, limpio y lleno de paz. Ramón Pérez de Ayala ha escrito sus versos amparado por la placidez de una aldea que es como un paraíso; allí todos los campos son praderas y todos los caminos están sombreados por frondas y en todas las lomas hay bosques de castaños, y crecen los helechos monte arriba y escalonan las sierras en el horizonte, crestería tras crestería, azul, violeta, amatista, como aguas, como nubes. La aldea, dormida entre esta gloria de naturaleza, es tranquila y callada; el caserío bien dispuesto habla de vida fácil y feliz: los días van pasando mansamente como aguas de río y se engranan y se suceden en perlería de paz; las noches son radiantes: yo no conozco de esa aldea más que noches de luna, de las que este poeta nos dice con tan amable sinceridad, y tengo para siempre en el alma como uno de mis mejores ensoñamientos, el recuerdo de aquella luz de plata cayendo como lluvia en silencio, sobre las praderas, sobre las copas de los castaños, sobre los campos de maíz, cuyos plumeros movidos por la brisa nocturna ondulan como un mar, sobre la piel bermeja de las vacas, tan quietas, tan solemnes que parecen comprender todo el misterio de la noche.

Ramón Pérez de Ayala, más que un ensoñador, es un saboreador de ensueños; creo yo que está su intelecto bien por encima de su sensibilidad; es sensual y hondamente pagano; las bellas emociones no se adueñan de él y le derriban, sino que él las acoge, y se deja envolver por ellas como por un manto y tiene la serenidad de plegarlas y componerlas á su sabor. Así en este libro, escrito en rimas que saben á tierra, ha contado, más que las aventuras de su alma, las contemplaciones de su intelectualidad frente á la soberana hermosura de la naturaleza. Tranquilamente nos va diciendo cómo es la noche,



y como son los campos y como es la paz: y habla de las estrellas —abejas místicas— y de la luna—disco immaculado que la mano de un santo pastor levanta en el cielo; de todas estas cosas no surgen para él placeres ni melancolías de esos puramente emotivos que aseguran el fácil triunfo de un poeta sobre todos los corazones; su intimidad no es de blandura, y las mieles de su panal son ásperas: anhelos de metafísicas comuniones, arrobamientos más ideales que sentimentales, conmoción y lucha de verdades y errores más que de gozos y penas: este es á mi juicio el espíritu de Pérez de Ayala.

Y por esto mismo ha hecho un libro de robusta originalidad: sencillo á un tiempo y refinado, libro para intelectuales y para poetas; pero en el cual se realiza el portento de conmover sin ninguno de los habituales tópicos emocionales, amor, tristeza, muerte, alejamiento, duda ó desencanto, por la sola virtud de la sinceridad con que el poeta se ha situado frente á la belleza, y sin cantarle himnos, le ha ofrendado el incienso de su contemplación.

Bien será decir algo de la forma de estos versos, que á los enamorados de tradicionales exclusivismos ha de parecer sorprendente. Ramón Pérez de Ayala ha rimado con la libertad absoluta del que es poeta en el alto sentido de la palabra; componer es crear. Sus formas, inspiradas en las rancias formas españolas y en las modernísimas francesas, tienen un sabor fuerte é ingénuo que las avalora apartándolas de todo convencionalismo y adaptándolas maravillosamente á la índole de las cosas que en ellas van dichas. No ha de faltar quien hable de prosaísmo, pero es preciso comprender cómo la más alta poesía está en decir las cosas en el lenguaje hermano de ellas.

Por eso yo tengo para *La paz del sendero* altísima estimación, como valiente alarde que es de una personalidad nueva, plenamente formada y llena de salud intelectual; y saludo su aparición como muestra de franca virilidad en este nuestro arte, que algunos se obstinan en llamar degenerado y enfermo. Pérez de Ayala, que es un joven, afirma en sus versos la vida sana de la juventud artista, y por eso aun si nuestra admiración de poetas no le debiera, como le debe, loanzas de justicia, debería nuestra juventud aplausos de agradecimiento.

G. MARTÍNEZ SIERRA.



JOSÉ M. MATHEU • • • •

APRENDIZAJE • MADRID, 1904

Yo reconozco todos los encantos que tiene el huir de lo común hacia lo raro, aunque lo raro no sea siempre exquisito, y á las veces carezca de otro atractivo que el de lo anormal: ese placer que hallamos eligiendo para nuestro saboreo la irisación de imprevistos cambiantes con preferencia á la plena luz, el hecho complejo al suceso natural, el matiz pálido de un rostro á la belleza de conjunto de un cuerpo, los misterios de un alma laberíntica al claror de otra alma pura y sencilla. Hay en estas escapatorias — y claro está que hablo de las que son sinceras y rectas — un amor á lo selecto que, aun incurriendo en extravíos, resulta ennoblecedor para el que lo siente, por lo que su satisfacción á la vez que da contento á nuestro temperamento de artistas, halaga nuestra vanidad. Pero á lo mejor nos coje en el disfrute de estos altos deportes una ráfaga fresca que aletea al propio tiempo en nuestra frente y nuestro ánimo; y por la sola virtud de este simple hecho, ocurre que vuelan con volar rápido sutilezas y quintas-esencias; que en un instante quedamos reintegrados á la corriente poderosa y fecunda de las cosas ordinarias, y hasta que en medio de ella, si todavía no estamos espiritual é intelectualmente dejados de la mano de Dios, nos hallamos si cabe más dichosos que lo éramos en las regiones de que hemos descendido, porque al recuerdo de lo disfrutado, unimos en aquel momento las venturas de la confortación y el descanso, y á la convicción de que estamos capacitados para esas excursiones, siempre enervadoras, hacia lo extraño, la persuasión de que no hemos perdido la facultad de gozar todas las apacibles bienandanzas de lo sencillo, que es para el espíritu lo que el aire libre para los pulmones.

Tal en gran parte el efecto que á mí me producen las creaciones, hijas del más exacto equilibrio é informadas por el más sano pensar y sentir de Matheu, cuando, como ahora, llegan hasta mí tras de otras lecturas, en que abundan las flores exóticas, las psicologías complicadas y las almas en perenne contradicción consigo mismas.

Diríase que para el autor de *Aprendizaje* había escrito Schopenhauer: — «El cometido del novelista no es referir grandes acontecimientos, sino hacer interesantes los pequeños.»

No hay, en efecto, nada en la obra de Matheu que no se ajuste á ese principio. La historia de sus personajes es la suma de acontecimientos vulgares que se van engarzando en el hilo de



Los días ordinarios, pero que adquieren movimiento y calor de vida merced al espíritu realmente humano que por entre ellos corre. La fábula también carece de lances sorprendentes: es el resultado de los enlaces de figuras con figuras é historias con historias en el curso de una acción natural.

En cuanto al medio escogido no puede ser más humilde. El autor sabe que las aguas de la alegría y el dolor circulan en corrientes subterráneas por todo el mundo creado, y en cualquier lugar, allí, donde, al pronto, parece que es más árido el terreno, clava su rejón y las hace surgir.

El asunto es patético por sencillo: el buen memorialista se casa ya en edad madura con una chicuela que no sabe nada de la vida y que tiene hambre. Llégales, luego de casados, la holgura, y con ella á la niña la hora y la ocasión del amor. Mal vulgar el pecado,—vulgar tragedia la desgracia—que apenas cometido viene á redimirle. La mujer que á sí misma se juzga duramente huye de la casa de su marido, pero vuelve luego cuando el dolor y la miseria ya la han enseñado á vivir y desde entonces no sé si todos son felices, pero al menos todos viven en paz.

En *Aprendizaje* la forma corresponde á la esencia de la obra, como en todas las que ha dado á la estampa el autor de *Jaque á la reina* y *Gentil caballero*.

No hay en ella esos relampagueos de estilo, ni esos tallados de frase, ni esos sorprendentes giros que constituyen, por regla general, la manera de los cultivadores de lo sutil y lo raro. Suelen éstos tener alma de cirujanos y manos de artífice, y sus instrumentos, si se trata de poetas cuyos medios estén en relación con el fin que se proponen, son la lanceta y el buril. Matheu, en cambio, aspira á la belleza armónica del conjunto, y más que palabras emplea trazos y colores de entonación amplia, sencilla y serena. Su narración, siempre fluída, mansa y tersa, da la sensación del arroyo que se desliza en silencio por entre juncos, pero copiando en los días claros la alegría azul del cielo, y en horas de dolor la mole parda y negra de las nubes. Y aun en algunas ocasiones la forma es tan discreta, se desvanece tanto, que la novela simula un lienzo, de donde surgen por su impulso propio las figuras, destacando de esta suerte con perfecto relieve sobre la lisura y diafanidad del fondo toda la pureza de sus líneas.

J. RUIZ-CASTILLO.



## LAS REVISTAS

**C**atalunya, revista semanal de Barcelona, continúa su artística tarea de resucitar la música popular olvidada y los bellos romances antiguos. De todas cuantas publicaciones folklóricas aparecen en España, acaso *Catalunya* sea la más seria, documentada y artística. Entre los numerosos trabajos de su volumen XXVI los hay interesantísimos; los de Serra y Pages sobre el *Conde l'Arnau*; el titulado *¡Ay, quina mare tinch!*... romance y música recogida en Olot por Sara Llorens y las *Tres cançons de cullir aulives* que publica Serra y Boldú. Estas canciones están recogidas en la Pla de Urgell en esos días tan fecundos para el folklore español, días de tareas campesinas que tienen sus canciones especiales. La vieja tonadilla que se olvidará todos los años, todos también resucita con la monótona faena. Y así año tras año se escucha en Catalunya el *Plors tardaus*, *La pastora galana* y *Lo testament d'Amelia*, cuyas letras y ritmos nos hace conocer ahora Boldú, como se escuchan en Aragón las tristonas y bereberes jotas olivareñas distintas de las jotas típicas (*en mayor*) y como en Murcia se escuchan esas canciones lánguidas y orientales que no supo distinguir de las suyas aquel famoso embajador marroquí agraviado por el general Fuentes. Ved aquí la letra de *Lo testament d'Amelia*:

*L'Amelia está malalta  
la filla del bon Rey,  
comtes la van a veure,  
contes y noble gent.*

*Ay que'l meu cor se nua  
con un pom de clavells  
com un ram de violes,  
roses y pensaments.*

*També hi va anar sa mare  
quan no hi ha mes remey.  
—Filla, la meva filla  
quin es lo mal que tens?  
—Mare, la meva mare*



*temps ha que me'l sabeu*  
*Metzines me'n heu dades*  
*que matan lo cor meu*  
*—Filla, la meva filla*  
*de aixó confessate'n*  
*—Ja me'n so confessada*  
*y so fet testament*  
*Set castells tinch a Fransa*  
*penso que tots son meus;*  
*quatre los deixo als pobres*  
*de la Mare de Deu;*  
*os altres a Don Carlos*  
*penso qu'es germa meu*  
*—Filla, la meva filla*  
*a mi que'm deixareu?*  
*—A vos mare'ls rosaris*  
*que á Deu m'encomaneu.*  
*Filla, la meva filla*  
*que mes me deixareu?*  
*—Les xinell-les qué porto*  
*que jo porto als peus meus*  
*perque quan'neu a missa*  
*lo coll vos en trenqueu.*

**E**NSAYO SOBRE EL IMPERIALISMO: Tal es el tema que desarrolla en algunas admirables páginas del *Mercure de France* Paul Louis. Tema interesante de actualidad, y que el distinguido escritor expone con verdadero acierto.

Louis considera el imperialismo como «fenómeno general de nuestra época y también como una característica de este comienzo de siglo». Viene á constituir algo así como una crisis por la que tienen que pasar los Estados más avanzados de Europa y América. Una crisis como la crisis absolutista, como la crisis liberal y como la crisis socialista. Es, en último término también «un supremo esfuerzo del capitalismo para conservar el poder político y su preponderancia social».

Desde este punto de mira, acaso demasiado restringido para los que se han libertado de una fe en el materialismo histórico, el autor examina rápidamente los factores que han contribuído al desarrollo del imperialismo, y señala, entre otros, «la política de entretenimiento», que observan y han observado de un tiempo á esto parte los gobiernos de ciertos Estados, manteniendo y empeñando á las naciones en guerras y empresas coloniales, para distraer la protesta de los oprimidos. Aduce para



el caso los ejemplos de las últimas guerras sostenidas, incluso la reciente ruso-japonesa. Examina después el movimiento nacionalista, contrario, al parecer, á la tendencia imperial, pero en el fondo un auxiliar más poderoso, pues no es más que una exaltación análoga á la sublimación democrática que hay en la demagogia.

¿Tiene remedio la exaltación imperial? ¿Ese afán de derramar su dominio los Estados más allá de sus cuasi naturales límites de acción? Sí, afirma el autor. Lo tiene en sí mismo. «Es la última carta que se juega el capital.» Carta que ha de perder, pues ha de crear protestas que lo derriben, y en este respecto, lejos de ser un mal positivamente grande, será á lo lejos, para lo porvenir, un beneficio, porque como afirma consoladoramente para los temerosos del imperio, el imperialismo «es el gran obrero de la revolución».

ALBERT Mockel, en *La Plume* (Mayo) estudia extensamente á Víctor Rousseau el gran escultor belga. Rousseau ha permanecido hasta hoy ignorado para la crítica francesa. Nacido, no obstante, en la Bélgica walona sus tradiciones eran francesas y no flamencas y hoy *La Plume* realiza la obra de fraternización.

Rousseau no es un escultor más. Es un enviado nuevo del verdadero arte. No es un renacentista, ni un clásico, ni un helénico, es un artista de espíritu completamente actual. Mockel dice «es un francés moderno, preocupado y absorto en el ritmo de las líneas ejes, en el equilibrio supremo de las siluetas. No es ni Leonardo ni Raphael ni Praxiteles; es otra cosa que vale más; es, él mismo. El sentimiento es quizá la cualidad más típica y profunda de Rousseau. Como los grabadores y pintores del país walon, como el escultor Rulot menos dotado que él para la realización, pero más apto para la concepción, como el mismo Constantino Meunier que dota de una fuerza viva y llena de voluntad la arcilla que petrifica. Rousseau infunde á la materia una penetrante vibración humana; se siente lo que él pensara *trabajando*».

En el trabajo de Mockel, que va acompañado de artísticas reproducciones, se admira en efecto la obra de un creador. En *Le liseur*, una de las obras que más nombre dieron á Rousseau, hay una nobleza, una sinceridad y una placidez que revelan un maestro. *Demeter*, la que señala Mockel como obra maestra, es sin embargo prosaica. La madre productora exhibe sus órganos de fecundidad... *Pubertad* en cambio es una obra realmente adorable. Entre gasas vaporosas, como Afrodita de entre las



ondas, una virgen expande su cuerpo delicado y voluptuoso. Todas las gracias de la belleza incipiente rompen apenas las durezas de la carne en curvas de un vigor femenino sugestivísimo. *Intimité*, es asimismo un atrevimiento. Pocas veces se imprimió más expresión al ademán y más nobleza al desnudo que en este grupo en verdad melancólico y sencillo. La *Femme au chapeau* es otro admirable desnudo. De él dice Mockel «su torso se vuelve algo como para mejor ofrecernos la gracia de toda su desnudez... Una larga y flexible línea, ondula desde la espalda hasta los pies, exaltando en todo su ritmo la exquisita belleza de la cadera que se arquea. La ejecución es del más delicado fervor; la carne allí palpita... No hay idea; pero es un rostro joven sonriendo hacia promesas voluptuosas y cándidas, desconocidas... es el cuerpo ideal de mujer del cual todo poeta ha soñado sentir el estremecimiento alguna vez...

La *Renaissance Latine* publica en su número de Abril un trabajo interesantísimo, firmado por Georges Grappe, y consagrado á *Carducci*. Es curioso examinar las primeras luchas del poeta. Sus primeras obras aparecen en plena reacción romántica. Italia era entonces Foscolo, Manzoni y Silvio Pellico. Tan solo la poderosa voz de Leopardi vibraba personal y sincera. Como no se sabe si el hombre hace á la época ó la época al hombre, no afirmaremos qué relaciones hay entre Carducci y el *risorgimento* de Italia; el hecho es, empero, que la juventud vió en él su símbolo y su bandera. El entusiasmo *allí*—como *aquí*—se exteriorizó en revistas llenas de osadía, en las que los nuevos poetas rimaban ideas

... *in cui tremava*  
*un desiderio vano de la bellezza antica.*

Por entonces Carducci no había publicado sino *Rime* y *Odi barbare*. Ya en 1867 publica su famoso himno *A Satana*, su obra maestra. Carducci, dedicado á la filología, á los estudios científicos, á la historia patria y á los problemas psicológicos, condensó en su himno *A Satana* todas las protestas que el pasado hiciera nacer en su corazón. A pesar de la aparente impiedad del título, el canto de Carducci es de una religiosidad casi mística. Después de su publicación, Carducci fué saludado como el primer poeta de la Italia nueva, la Italia del *risorgimento*. Para coronar su obra, en 1877 publica sus *Odi barbare*. Algunos vieron en ellas una claudicación, pero en realidad fueron un coronamiento. Quien cantara la evolución, la protesta y los modernos ideales en *Satana*, tenía que sentir y haber



sentido intensamente el mundo pasado. Carducci canta la antigüedad con el entusiasmo de un heleno ó de un latino. Un paso más, y Carducci pudo ser el poeta nacional de la Italia moderna. Ved lo que sobre esto dice Grappe: «A pesar de lo que Carducci ha podido pensar en alguna ocasión de sí mismo, fué un gran poeta nacional. Se ha dicho con razón, y haciendo primero las salvedades de matiz, que fué el Víctor Hugo de la Italia... Se podría decir que para sentimientos nuevos se valió de un lenguaje lírico nuevo...»

MARIO Foresi inaugura el volumen de Abril de *La Rassegna Nazionale* con una investigación eruditísima é interesante. Trata de dos sonetos inéditos atribuídos al Petrarca. A través de los siglos, estos pobres versos fueron á poder de sir William Rudship, un inglés que coleccionaba autógrafos. Y en 1898. Mario Foresi los obtuvo en cambio de una carta de... Savonarola á su madre! La crítica italiana estudia ahora, y parece que acepta como auténticos los sonetos. El estudio de Foresi es realmente importante. Le acompaña un retrato poco conocido del cantor de Laura; un retrato sacado del código *De viris illustribus* de Francesco di Carrara, y pintado por María Lori... En este retrato aparece como le describe la tradición: «*Statura mediocris aut paulo superior, plena facies, rotundiora membra et in senectute ad crassitudinem vergens, colore lucido inter candidum et subnigrum, vivacibus oculis...*» De esta descripción, empero, faltan muchos rasgos en el retrato. La figura del poeta es en él algo ya hierático. El «*vivacibus oculis*» es más bien un sarcasmó. Aquella mirada es triste y apagada... Y la boca plegada con algo de frialdad escéptica, nos hace suponer transformaciones lentas y amargas...

Foresi inserta así mismo un autógrafo del poeta. Es el del soneto inédito que comienza:

*Madona, quando vedo il mar costante.*

Su letra es arcaica hoy, pero de un gusto esquisito para su época. Redonda, bastarda de gótica, con algunas siglas, muy igual y de simetría exquisita. Las mayúsculas—aquí de la grafología—son de poeta.

Según Foresi este soneto debió ser escrito hacia la mitad «*dell'innamoramento di lui, in que'soi momenti d'impazienza per no ser corrisposto da Laura...*» Es decir en uno de aquellos momentos en que el pobre obseso del amor depuraba su espíritu, atenaceado por la desesperanza y el tedio. Este sentimiento se exterioriza en muchos versos del poeta. Foresi enumera multitud de ellos. Yo diría que también se exterioriza en su



rostro. Contemplando aquella expresión paralizada, de obseso, y aquella mirada apagada y marchita se comprende y se ama mucho más al autor de las Rimas. A veces es necesario conocer al artista para comprender su obra. Ante el Petrarca se comprenden sus apóstrofes al Rodano melancólico y aquella obra plácida y constante de preterido de la felicidad y del amor. Ved ahora uno de estos sonetos exhumados milagrosamente por Foresi:

*Madona, cuando vedo il mar costante  
che or bacía et or flagella un duro scoglio  
et in questo alternar so che per tante  
stagioni dura, io gia stupir non soglio.*

*Per lunga veglia anch'io, misero amante!  
lieto or di speme, or cupo di cordoglio,  
con prieghi e sdegui, or folle et or tremante  
di muover tento il vostro duro orgoglio.*

*Ma penso: Cadrá alfin, sia fra nüll'anni  
in grembo al mar la mole impéctosita  
e ambo in vista saran quali son ora.*

*Niente a sperar l'una sorte m'invita;  
e intanto il me'di me tolgon gli affanni  
e'l tempo a voi le rose discolora.*

**S**ophia, revista teosófica, de Madrid, termina en su último número el estudio de Wm. C. Ward sobre *Los Neoplatónicos*. Examina en él la antigua idea plotínica de *la felicidad* como una actividad del alma «en armonía con la más alta y perfecta virtud» haciendo uso de los ejemplos de que solían valerse los antiguos. Plotino fué implacable con la flaqueza humana. Sus conclusiones fueron á veces tan severas que recuerdan aquella inclemencia y acritud de los preceptos estoicos en los cuales acaso como nunca se estuvo al borde de esa moral que hoy se predica, «sin sanción ni obligación» Le decían á Plotino: «Si suponemos dos sabios, uno de ellos con todas las ventajas que puede ofrecer la naturaleza y la fortuna y otro sin ellas ¿no será el primero más feliz?» Y respondía él: «Si los dos son igualmente sabios, serán también igualmente felices.» Desde luego que la idea de felicidad tuvo según se vé un matiz especial entre los neoplatónicos—Seguramente como dice Ward el de «la posesión firme de la vida perfecta»— más ¡cuan extraño es que una escuela filosófica de tan puros y exquisitos principios permaneciese olvidada hasta nuestros días! Parece en efecto que Emerson, Carlyle, Mœterlinck y los modernos teósofos recogieron



algo de aquellas ideas que, como las gnosticas y cristianas primitivas, fueron condenadas por los primeros Padres, y declaradas heréticas, y olvidadas en el transcurso de los siglos.

He aquí sin embargo, de nuevo, las palabras del discípulo de Platón. «Para él—dice Ward—la felicidad es un estado del alma que no implica necesariamente la reflexión de dicho estado sobre nuestra conciencia ordinaria. El sabio puede ser feliz aun cuando permanezca inconsciente de su felicidad, porque la felicidad reside en la sabiduría activa y puede ser activa la parte más elevada del hombre sin transmitir el conocimiento á la animal. La energía intelectual puede ser activa en nosotros sin que lo percibamos. La percepción implica reflexión, es decir, reversión del pensamiento sobre sí mismo, de manera que se refleje en la imaginación como un objeto en un espejo... Pues si desviamos el espejo, el objeto permanecerá en el mismo sitio, aunque cese de ser reflejado... Sucede en la vida consciente que obramos á menudo sin darnos cuenta momentánea de nuestra acción; la energía inconsciente es, en efecto, la más intensa de todas las energías... Mauricio Mæterlinck se expresa de una manera semejante. «Poseemos—dice—un yo más profundo é inexpugnable que el de las pasiones ó el de la pura razón.» Nuestra conciencia ordinaria es «una planta de la superficie» muy distante de ese «gran fuego central de nuestro ser». «Puedo cometer un crimen sin que esto ocasione la menor agitación en la más pequeña llama de ese fuego, en tanto que un cambio de miradas, un pensamiento secreto, un momento de silencio, puede agitarla en torbellinos terribles y hacerla desbordar sobre mi vida. Nuestra alma no juzga como nosotros, es una cosa caprichosa y oculta. Puede ser agitada por un soplo é ignorar una tempestad».

**T**he Studio» publica en su número de Abril un interesante artículo de Mr. Leonard Williams sobre el pintor español Joaquín Sorolla. Es Williams un inglés aficionado á España hasta el punto de haber consagrado á ella todo su esfuerzo intelectual: bien conocidos son sus libros «Toledo y Madrid» «La tierra de los Dones», «Baladas y canciones de España.» Sabe la historia de esta nuestra tierra, ama su paisaje y se ha connaturalizado con sus costumbres; así no puede menos de interesarse por su arte que es como el alma de todo ello: y para hablar del arte de la Pintura en España ha estudiado los cuadros de Joaquín Sorolla que es el más ilustre representante de este que llama Williams «el período tan brillante y tan vivo del realismo contemporáneo.»



Va el artículo ilustrado con fotografías de algunos de los cuadros de Sorolla; y no podemos menos de enorgullecernos como españoles con este homenaje que el ingenio extranjero hace á un artista nuestro compatriota, y de agradecer la hospitalidad que ofrece á sus obras graciosamente una revista como «The Studio.»

«La Historia de la moderna Pintura Española, dice Mr. Williams, está por escribir. La tarea, indudablemente, habría de ser á un tiempo, ardua y fascinadora porque acaso no existe nación que haya experimentado durante cien años cambio artístico tan radical en todas direcciones.

Afirmar que el arte de una nación se crea porque esta nación le reclama es sencillamente repetir un truismo. El pintor aun cuando más cree obedecer al solo impulso de su ambición personal, está realmente dominado, si su obra tiene algún valor por otro y más sutil impulso, que procede de lo más íntimo de su alma. Es tan servidor de su patria como el soldado ó el juez, el párroco ó el maestro de escuela, porque, aun si en la superficie ejecuta su obra para sí mismo—por afán de lucro ó de fama, ó por ambos á un tiempo—¿acaso en realidad de íntima verdad no la ejecuta para la gran comunidad de la que es miembro?

Otro truismo, siempre útil, afirma que la clase de arte reclamada por cualquier país civilizado á sus hijos ha de estar absolutamente de acuerdo con las necesidades y características de la vida nacional.

Sea de esto lo que quiera, el llamamiento que un país hace al arte no es continuo sino periódico, y las necesidades y energías nacionales tienen como los volcanes, sus períodos y crisis de apaciguamiento y de erupción. Y esto sucede lo mismo en las letras que en las artes. Ambas forman la atmósfera que envuelve la cumbre de la montaña. Mattew Arnold ha dicho que para producir un gran escritor han de concurrir dos poderes, el poder del hombre y el poder del momento; el primero no basta sin el segundo. Pudiendo sustituir *momento* por *erupción*, y *escritor* por *artista*, acaso sería mejor afirmar que todo momento poderoso, produce por necesidad un artista poderoso también. Tales momentos, generalmente, se producen en una sola comarca; pero en ocasiones son casi universales. Y he aquí un ejemplo más saliente que ninguno. El mismo levantamiento que transfiguró Francia inspiró á los poetas y pintores de la mayor parte de Europa. En este inmenso ejemplo la chispa de maravillosa solidaridad encendida por los sufrimientos de un solo pueblo, traspasó fronteras y encontró en muchos países, á un tiempo mismo el momento y el hombre.

Siendo, pues, el pintor, no la causa, sino el efecto, su misión más alta es pintar á las gentes y á las cosas que existen. No



puedo especular ni mirar más alto. Puede, es cierto, mirar al pasado; pero siempre con espíritu de arqueólogo, que casi nada enseña. Sin duda alguna su misión propia es mirar en torno suyo: la misma exactamente que el autor dramático. De hecho puede establecerse fácilmente cierta semejanza entre el cuadro y el drama. Ambos se dirigen principalmente al sentido de la vista. Ambos en sus más preciosas manifestaciones pintan la humanidad tal cual es, no como fué ni como debe ser, ni como desearían que fuese. El drama histórico—que intenta pintar una sociedad muerta—no es el género dramático más instructivo y por la misma razón no es precisamente la Pintura de historia el género *pictórico* más instructivo. Se dirá que los más grandes dramas de Shakespeare son históricos; sólo de nombre, sólo en lo exterior. En realidad, cuanto más históricos son, menos aceptación han alcanzado. Sólo incidentalmente recordamos que el más popular de sus personajes es hijo de Dinamarca. Nada nos importa que «Hamlet», «El rey Lear» y «Macbeth» estén sustentados en alguna base histórica ¿acaso tan pronto como comenzamos á atisbar aquellos aleteos de verdad y pasión que nos son comunes á todos, nos cuidamos de encaminar nuestros pasos en busca de aquel fundamento? No, contemplamos nuestra propia imagen sublimemente reproducida. Los tormentos de un natural indeciso, atraen más poderosamente nuestra simpatía que todas las fragilidades de cualquier príncipe danés definido ó indefinido. En Cornelia reconocemos sencillamente el tierno encanto de todo amor filial y en Macbeth los tormentosos peligros de la ambición.

Los *momentos* de la Pintura española son seis. El primero, contemporáneo de las luchas de una raza casi perpetuamente en guerra es el fanático, desenvolviéndose, una vez que los Arabes son arrojados de España, en el vigoroso y fecundo realismo cuyo campeón de campeones es Velázquez. Pasa este momento. La ceremoniosa dinastía de Hapsburgo, plenamente castellana en gustos y tradiciones, es reemplazada por una extranjera, y España, agotada por la persistencia del mal gobierno, acepta sin resistencia el eclecticismo de Versalles. Durante todo un siglo conténtase con imitar los procedimientos de sus vecinos, y entonces el realismo, que es el atributo dominante de su pintura en conjunto, se afirma de nuevo con Goya. Él es representante único, pero grande. Más tarde su influencia reaparece: pero á su muerte sus compatriotas, envueltos en guerras civiles y otros disturbios, estaban harto distraídos para atender al arte. Tan pronto como volvió la calma, el noble, aunque extravagante, impulso engendrado en parte por la Revolución francesa, en parte por la guerra de la independencia, produjo los pintores de Historia, Casado del Alisal, Rosales, Pradilla. Y, á su



vez, se han rendido á un *momento* verdaderamente poderoso y vital, al realismo de los días presentes, cuyo jefe triunfador y más autorizado es Joaquín Sorolla...

.....  
 En una Exposición local de 1883, presentó Sorolla un «Estudio de cabeza» y dos «Estudios del desnudo» esfuerzos precoces que atrajeron la atención general. Un año más tarde expuso en Madrid su primer cuadro «El dos de Mayo de 1808». Este primer esfuerzo de Sorolla es moralmente ficticio. Adolece además de algunas de esas faltas técnicas que únicamente el tiempo bien empleado y la práctica bien dirigida pueden corregir; pero era evidente su desusada aptitud y fué enviado á Roma y luego á París: de allí envía «El Boulevard» y «El Entierro de Cristo» pero hasta 1892 no afirma por completo su fuerte personalidad con «Otra Margarita».

Su obra está siempre fundada en la vida que ve y siente en derredor suyo, con preferencia en la vida de los obreros, como más actual, más espontánea y más en armonía con las exigencias de esta edad llena de labor en la cual se vive únicamente por el esfuerzo. Y aun cuando Sorolla tiene pocos rivales en la pintura de la luz del sol y en lo cálido de los colores, ha descubierto un manantial de inspiración más fecundo y más en armonía con su propio espíritu en las playas meridionales que tan bien conoce y que tanto ama, entre los pescadores, y sus mujeres y sus hijos, sus ganados y sus barcos. Y aunque sobresale en el retrato y el paisaje, el origen de sus obras maestras está siempre en las coloreadas y salientes playas de Valencia.

Puede recordarse la influencia ejercida sobre Sorolla por otros pintores, pero teniendo en cuenta que tratándose de una personalidad tan definida como la suya debe desterrarse toda idea de imitación, no puede decirse que copia sino que *simpatiza*; en este sentido un maestro realista como Bastian Lepage ha producido en él grandísima impresión; y otros pintores cuyo espíritu puede observarse en las más de sus obras, son Velázquez y Jiménez Aranda; aparte de esto, la naturaleza es su único modelo.....

.....  
 En cuanto á técnica el vigor de factura de Sorolla haría creer á los no iniciados que pinta con pinceles duros; sin embargo, sus toques, aunque inconcebiblemente firmes, son más bien finos y numerosos. Su paleta es simplicísima y no consta sino de una media docena de colores. Su sentido de la luz y la sombra es maravillosamente justo y rara vez emplea el blanco ó el negro completamente puros. La luminosidad latente de la sombra, pide, según Sorolla, el empleo de color á un tiempo caliente y oscuro: la opacidad latente de la luz, el de un color á



-1904

roso y  
ador y

.....  
«Estu-  
ecoces  
uso en  
primer  
más de  
o bien  
ro era  
iego á  
risto»  
alidad

nte en  
como  
igen-  
mente  
en la  
escu-  
armo-  
e tan  
mujer-  
esale  
s está

a por  
e una  
toda  
pati-  
ge ha  
cuyo  
eláz-  
s su

.....  
.....  
aría  
em-  
más  
nsta  
y la  
anco  
de la  
mpo  
or á

LAS REVISTAS

un tiempo caliente y luminoso. Esta teoría es ciertamente ma-  
nancial de fuerza.....

.....  
En cuanto á poder de convicción su obra sobrepuja con mu-  
cho á sus argumentos. Pero es un crítico muy sutil y defiende  
sus ideas con ingenio y persistencia. Otra de sus creencias es  
el poder de los objetos inanimados en este sentido: es realista  
entre los realistas; nunca he oído defender la vitalidad de las  
cosas con más áspero apasionamiento.»

FERNÁN DÍAS É FIDALGO



## LIBROS RECIBIDOS

### **Sempere y Comp., editores. Valencia.**

Manuel Ugarte: *Visiones de España*, 1904.—Una peseta.

Augusto Laugel: *Los problemas del alma*, 1904.—Una peseta.

León Tolstoi: *La escuela de Yasnaia Poliana*, 1904.—Una peseta.

Mauricio Maeterlinck: *El tesoro de los humildes*, 1904.—Una peseta.

Luis López Ballesteros: *Junto á las Máquinas*, 1904.—Una peseta.

Augusto Laugel: *Los problemas de la naturaleza*, 1904.—Una peseta.

Melchor Inchofer (Jesuita): *La monarquía jesuitica*, 1904.—Una peseta.

Herbert Spencer: *El individuo contra el Estado*, 1904.—Una peseta.

Enrique Ibsen: *La comedia del amor*, 1904.—Una peseta.

### **Colección Cosmópolis. Madrid.**

B. Pérez Galdós: *Doña Perfecta*, 1904.— $\frac{1}{3}$  fr. 50.

Eduardo Zamacois: *Le séducteur*, 1904.—3 fr. 50.

### **Casa editorial Mauoi. Barcelona.**

Anselmo Fletes Bolaños: *Ajiaco*, 1903.—Una peseta.

### **Librería general de Victoriano Suárez. Madrid.**

Benjamín Kidd: *La civilización occidental*. (Versión castellana de Siro García del Mazo), 1904.—7 pesetas.

Joaquín Costa: *El juicio pericial (de peritos, prácticos, liquidadores, peritiadores, terceros, etc.), y su procedimiento*. Una institución procesal consuetudinaria, 1904.—3 pesetas.

José G. Quvia: *Nociones de antropología y antropometría judicial*. Métodos de identificación y del cotejo de escritos, 1904.—2 pesetas.

### **A López editor. Barcelona.**

Apeles Mestres: *Poemas d'amor*, 1904.—2 pesetas.

### **Librería de Fernando Fe. Madrid.**

Jorge Ohnet: *El camino de la Gloria*. (Versión castellana de Carlos de Batlle), 1904.—3,50 pesetas.

Julián Juderías. *Rusia contemporánea*. Estudios acerca de su situación actual, 1904.—2,50 pesetas.

---

Tip. de la REVISTA DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS. Olid, 8, Madrid.  
Papel fabricado especialmente para HELIOS.